

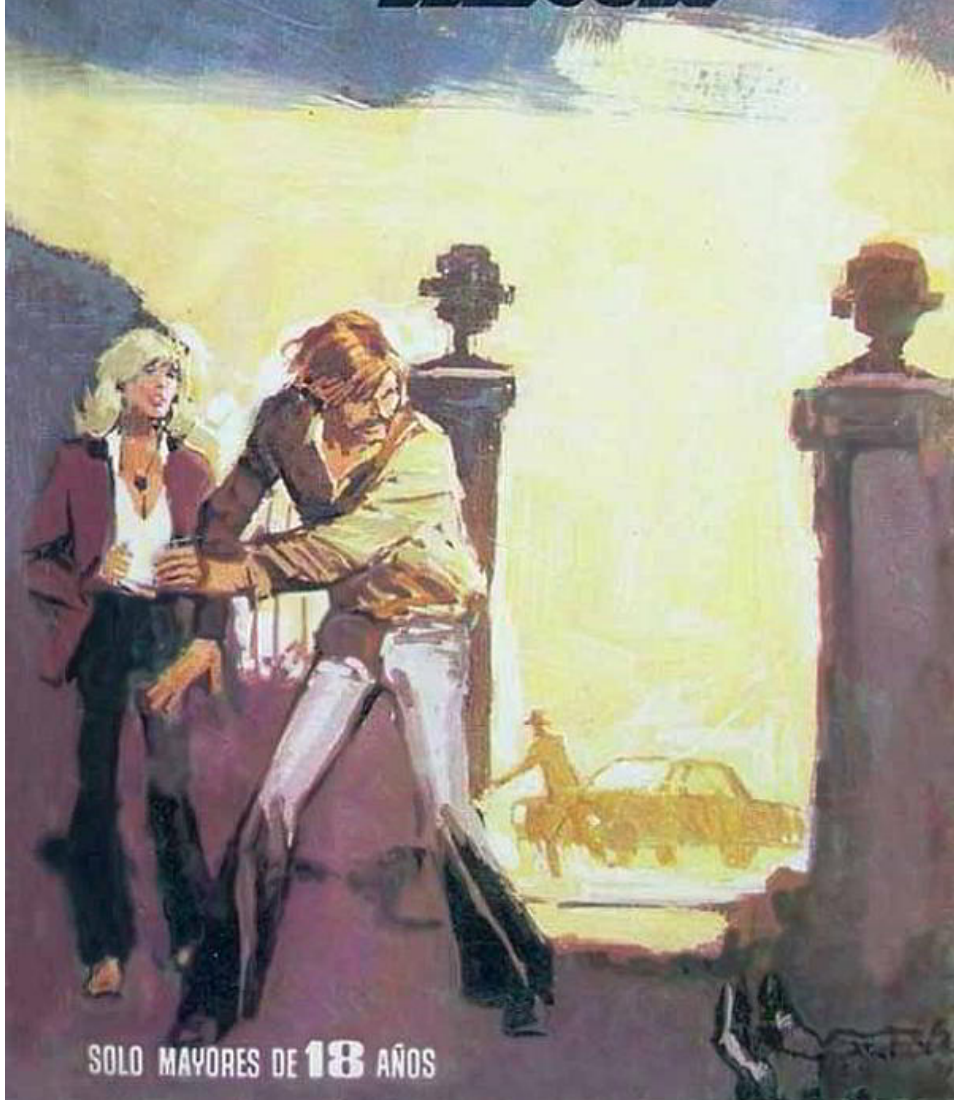
BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

Ss

NIDO
DE ESPIAS

*Clifford
Hilton*



SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

Lorna era una de aquellas mujeres con las que uno sueña en las noches solitarias de tormenta. Tendría veinticuatro o veinticinco años, era pelirroja de ojos azules, nariz pequeña y algo respingada, labios carnosos y sensuales. Mediría un metro sesenta y cinco y cada centímetro de su piel era una verdadera obra maestra. Sus pechos eran exuberantes, su cintura estrecha y sus caderas ondulantes. Sus piernas estaban perfectamente contorneadas y tenía todos aquellos ingredientes capaces de volver bizco a un ciego.

Estaba tumbada sobre la cubierta del yate dejando que el sol broncease su deliciosa piel. Envidié al sol.

Cuando me vio subir por el puentecillo del barco, se puso de pie y me quedé sin respiración. Llevaba un diminuto bikini que no le cubría más que lo imprescindible.

—Buenos días, señor Haden.

Respondí al saludo lo mejor que pude.



Clifford Hilton

Nido de espías

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1650

ePub r1.0

Lds 17.02.19



Título original: *Nido de espías*

Clifford Hilton, 1982

Cubierta: Desilo

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Lorna era una de aquellas mujeres con las que uno sueña en las noches solitarias de tormenta. Tendría veinticuatro o veinticinco años, era pelirroja de ojos azules, nariz pequeña y algo respingada, labios carnosos y sensuales. Mediría un metro sesenta y cinco y cada centímetro de su piel era una verdadera obra maestra. Sus pechos eran exuberantes, su cintura estrecha y sus caderas ondulantes. Sus piernas estaban perfectamente contorneadas y tenía todos aquellos ingredientes capaces de volver bizco a un ciego.

Estaba tumbada sobre la cubierta del yate dejando que el sol broncease su deliciosa piel. Envidié al sol.

Cuando me vio subir por el puentecillo del barco, se puso de pie y me quedé sin respiración. Llevaba un diminuto bikini que no le cubría más que lo imprescindible.

—Buenos días, señor Haden.

Respondí al saludo lo mejor que pude.

—El jefe le espera en la cabina. Pase, por favor.

—¿No podríamos hacerlo esperar un poco más?

—¿Cómo...? No le entiendo —fingió la pelirroja.

—Nada. Digo que se está muy bien aquí, bronceándose al sol.

—Maravillosamente. Ahora... ¿Quiere hacer el favor de pasar?

La seguí hasta la cabina sin que mis ojos se apartasen un momento de su redondo y hermoso trasero que se movía, balanceándose a cada paso.

El comandante Keaton estaba sentado en un sofá con un vaso de *whisky* en la mano. Sobre la mesa había otros dos vasos y una cubetera de hielo. Supuse que alguno de aquellos vasos era para mí, de modo que lo cogí y llené de *whisky* a tiempo que decía:

—¿Cómo estás, comandante?

—Ya lo ves, Murphy...

—Sí que lo veo, no lo pasas nada mal.

El comandante sonrió y su mirada pasó de mí a Lorna y viceversa.

La chica se volvió hacia la puerta y emprendió una graciosa y ondulante retirada.

Yo me quedé mirándola como petrificado, cosa que no pasó inadvertida al comandante.

—No se vaya, Lorna —dijo Keaton—. A usted también le concierne esto.

La chica se volvió y se dejó caer en un mullido sillón. Yo me senté en el otro extremo con el afán de no distraer mi atención de lo que me tenía que decir el comandante.

—Te he mandado llamar para que me hagas un favor —dijo finalmente Keaton mientras revolvía el hielo con su dedo índice.

—Cuenta con él si está en mi alcance. Aunque ya sabes que hace dos años que me he retirado.

Keaton asintió.

—Sí, ya lo sé. Pero he pensado en ti, de todos modos.

—¿Se trata de volver al servicio?

—Algo así, más o menos. Pero no es un asunto oficial, por supuesto.

—¿Entonces qué?

—¿Te acuerdas de Ernest Kingsley?

Asentí con un movimiento de cabeza. Kingsley había sido colega mío durante más de cinco años y habíamos trabajado juntos en más de una misión. Era un buen chico y le tenía aprecio.

—¿Qué pasa con Kingsley?

—Si lo supiera no te habría llamado. Hace dos meses que no sabemos nada de él.

—¿Qué puede haberle pasado?

—Quizá le hayan cazado. Estaba trabajando en Praga desde hacía casi un año. Cada semana recibíamos puntualmente sus informes hasta que de pronto...

—No supisteis nada más de él.

—Exacto.

—¿Y qué pensáis hacer?

El comandante Keaton se sirvió un trago más de *whisky*, extrajo

la pitillera y nos invitó con cigarrillos. Yo cogí uno y Lorna lo rechazó con un movimiento de cabeza.

Mientras encendía el pitillo volvía a sentirme atraído por Lorna que permanecía sentada con las piernas cruzadas y un vaso de *whisky* en la mano.

Keaton tosió dos veces para sacarme de mi abstracción.

—Te escucho —le dije.

—La desaparición de Kingsley preocupa enormemente al Departamento de Estado. Se pensó en enviar a alguien a investigar aunque de una forma extraoficial. Me encargaron a mí para que eligiera a la persona indicada.

—Y tú me elegiste a mí.

—Creo que eres la persona indicada. Ya has estado en Checoslovaquia en otras oportunidades. Conoces el idioma y sabes moverte por Praga. Además eras nuestro mejor agente.

—Gracias, Keaton.

—Necesito que me des una respuesta rápida.

—Necesitaría unas horas para pensarlo. Me había prometido a mí mismo no volver al servicio.

—Es un asunto extraoficial, Murphy. Puedes negarte si lo deseas pero sinceramente, espero que no lo hagas.

Medité un momento mientras bebía un nuevo trago de *whisky*.

—¿Debo trabajar solo o tendré algún ayudante? —pregunté.

Keaton sonrió y en un principio me pregunté por qué lo hacía. En seguida me di cuenta.

—Lorna irá contigo. Ella ya está al tanto de este asunto y será una gran ayuda para ti.

«Viejo zorro —pensé—. Sabes bien que Lorna es una carnada demasiado tentadora como para que pueda negarme».

Lorna me miró con los ojos resplandecientes y esbozó una sonrisa seductora.

Me sentí irremisiblemente atrapado.

Sin embargo, intenté resistirme o simulé hacerlo.

—Creo que ya estoy viejo para volver a este tipo de trabajo —dijo—. Los reflejos ya no son los mismos...

—Vamos, Murphy —dijo ella—. Está usted lleno de vitalidad. Ya verá como lo pasaremos muy bien.

Aquello terminó por derrumbarme.

—Dame tiempo hasta esta noche —dije simulando una fingida duda—. Aún no lo tengo muy claro.

Keaton movió la cabeza en expresión negativa.

—Ya no eres el de antes, Murphy. Hace un año no te habrías negado a una ocasión como ésta.

Me esforcé por sonreír.

—Puede ser. De todas formas tengo que pensarlo. Te llamaré esta noche.

Saludé al comandante con un movimiento de cabeza y salí a la cubierta. Lorna me siguió.

—Ve preparando el equipaje, preciosa.

Ella sonrió.

—¿Quiere decir que piensa aceptar?

—Claro. Sería muy estúpido si rechazase un trabajo con una compañera como tú. Estoy seguro que lo pasaremos bien.

—De eso no tengo la menor duda —dijo, para agregar luego con una sonrisa insinuante—: Espero no decepcionarle cuando le haga gozar de mis servicios.

Pronunció las palabras «gozar» y «servicio» de una forma tal que estuve a punto de perder la cabeza y arrojarme allí mismo sobre ella. Sin embargo, me contuve.

—Estoy seguro que no me decepcionarás, encanto.

Sonrió mostrándome su blanca dentadura y se dejó caer lánguidamente sobre un sofá.

—Se está tan bien aquí —dijo en un susurro.

—No lo dudo —respondí—. Es una lástima que no pueda quedarme.

Me despidió con otra de sus sonrisas y bajé las escalerillas del barco a toda prisa.

Aquella chica era fuego y si me quedaba un poco más corría el riesgo de derretirme.

* * *

Cuando regresé a casa me estaba esperando Úrsula. La había invitado a pasar unas vacaciones en Acapulco y no me resultó fácil convencerla que debíamos posponer el viaje.

—Te has enredado con otra, estoy segura.

—No, cariño. Ya te dije que es un asunto de trabajo.

—Trabajo, trabajo. ¿Y piensas que te voy a creer? Me habías dicho que disponías de todo el tiempo del mundo.

Me encogí de hombros.

—Ya sabes cómo son los negocios. Al menor descuido...

—¡Bah! Explícame lo que quieras. De todas formas no voy a creerte. Tengo un olfato especial para saber cuándo hay una mujer de por medio. Se te ve en los ojos.

La dejé protestando y llamé por teléfono a la agencia para que cancelara las reservas.

—Esto me pasa por enamorarme de ti —se quejó Úrsula—. Es la peor desgracia que podía haberme sucedido.

—Yo también te quiero, preciosa. Y te aseguro que estoy aún más apenado que tú.

—Eso es lo que siempre dices. Desde hace diez años me dices lo mismo. Y yo, como una idiota, te sigo esperando.

Cuando se enojaba, Úrsula era realmente hermosa. Tanto, que hasta por un momento me hizo olvidar la seductora sonrisa de Lorna.

—Te prometo que es la pura verdad, Úrsula. Cuando regrese de mi viaje lo primero que haré será tomarme unas vacaciones contigo.

—¿Lo dices en serio?

La rodeé con mis brazos y la besé suavemente en los labios. Ella me devolvió el beso con verdadero ardor.

—¿Cuándo tienes que irte? —preguntó.

—Supongo que mañana a primera hora.

—Pues no perdamos tiempo. Aún tenemos toda la noche por delante.

Úrsula se había soltado el cabello que le caía ondulado sobre sus hombros desnudos. Su mirada era provocativa, desafiante.

Me decidí a no contrariarla y sin perder un minuto la cogí en brazos y la arrojé sobre los cojines de plumas.

Me dejé caer sobre ella en el mismo instante en que estiraba una mano para apagar la luz.

—Ya sabes que me gusta hacerlo en penumbras —dijo en un susurro.

CAPÍTULO II

El zumbido del despertador me aguijoneó el cerebro.

Una noche con Úrsula y dos botellas de champán era más de lo que un anciano de treinta y cuatro años era capaz de soportar.

Úrsula había estado realmente insaciable, como una gata en celo y además exigente.

Me puse en pie como pude y me arrastré al lavabo. Abrí la ducha de agua fría y me metí debajo durante un buen rato. Luego me bebí dos tazas llenas de café y me vestí apresuradamente.

Cuando salí a la calle me sentía algo recuperado. Sin embargo, mi aspecto no debía ser muy bueno pues cuando el comandante Keaton y Lorna me vieron no pudieron disimular una sonrisa.

—¿Qué te ha sucedido, Murphy? —preguntó Keaton—. ¿Tuviste una mala noche?

—¡Qué va! —dije—. Fue algo excepcional.

—Cualquiera diría que te tropezaste con una aplanadora o un tanque de guerra.

—Bueno, fue algo por el estilo, pero mucho más agradable —fanfarroneé.

Lorna esbozó una sonrisa, pero no dijo nada. Estaba realmente encantadora con un vestido de gasa rojo anudado en la cintura y abotonado hasta el muslo. Cuando andaba dejaba ver buena parte de sus hermosas piernas.

—Aquí tienes los billetes y los documentos —dijo Keaton, extendiéndome una cartera—. Saldréis este mediodía para Munich.

—¿Por qué a Munich? —pregunté.

—Allí os esperará Karl Striegler. Es nuestro agente en Alemania. El os facilitará todo lo necesario para que lleguéis a Praga.

—¿Y una vez en Praga?

—Tendréis nuevos contactos. Striegler os dará todas las instrucciones. Es todo lo que puedo deciros.

Sabía cómo trabajaba Keaton y no me sorprendí por su parquedad. Cuanto menos información diera a sus agentes mucho mejor para todos. La información debía medirse con cuentagotas y darse en el momento preciso. Ni antes ni después. Era una forma de evitar riesgos.

—¿Alguna cosa más? —pregunté.

Keaton me entregó un pequeño maletín.

—Tiene doble fondo —dijo—. Ahí encontrarás algunas cosas que pueden llegar a serte necesarias.

Sabía a qué se refería y no hizo falta que preguntase nada. Cogí el maletín y nos despedimos del comandante.

—Buena suerte —dijo—. Y espero que encontréis a Kingsley con vida.

—Yo también lo espero.

Salimos a la calle y cogimos un taxi. Media hora después estábamos en el aeropuerto. Enseñé los billetes a nombre del señor y la señora Smith y ambos nos encaminamos a la sala de embarque.

Cogí a Lorna de la mano.

—Recuerda que somos marido y mujer.

—¿Ah sí? —preguntó ella con una sonrisa socarrona.

—Sí. Debemos aparentar que estamos en luna de miel.

Sonrió de una forma que interpreté como toda una invitación y me hice a la idea de que aquel viaje podía ser toda una luna de miel siempre y cuando algo no lo impidiese.

Y ese algo en mi profesión solían ser balas y cadáveres.

* * *

—Bienvenidos a Munich. ¿Los señores desean algún taxi? —preguntó un grueso taxista a la salida del aeropuerto.

—No, gracias —respondí en perfecto alemán—. Esperamos a alguien.

Apenas había dicho eso cuando ese alguien apareció.

—¿Los señores Smith?

El que hacía la pregunta era un hombre de unos cuarenta y cinco años y no muy bien vestido. Hablaba un inglés bastante burdo.

—Somos nosotros —respondí—. ¿Quién es usted?

—Vengo de parte del señor Striegler. Tengo un coche esperando. Hagan el favor de acompañarme.

Lo seguimos hasta un viejo Volkswagen «escarabajo» y después de acomodarnos en su interior partimos hacia el centro de Munich.

—¿Cómo nos reconoció? —pregunté durante el trayecto.

—Fue muy sencillo. El señor Striegler me enseñó una fotografía. ¿Es la primera vez que están en Munich?

—Yo ya estuve varias veces —dije.

—Yo no —dijo Lorna—. Es la primera vez.

El coche llegó al centro de Munich y se detuvo frente a un moderno edificio.

—Éste es el hotel Bismarck —dijo el alemán—. Tienen reservada aquí una habitación.

—¿Una? —preguntó Lorna.

El hombre la miró, extrañado.

—Sí, claro —dijo.

La muchacha asintió y se cruzó de piernas enseñando parte de sus muslos bronceados y prietos. Yo los miré como un náufrago hambriento a un par de langostas.

Bajamos del coche y nos despedimos del alemán.

—El señor Striegler los llamará esta noche —dijo el alemán.

—Estaremos esperando su llamada. Adiós.

Entramos al hotel y después de llenar los formularios en la recepción, subimos a la habitación.

Sonreí satisfecho al ver que sólo había una cama de matrimonio.

—Aquí estaremos cómodos —dije sentándome en la cama.

—No lo sé —respondió ella—. Uno de nosotros tendrá que dormir en el sofá.

Aquello fue como un jarro de agua fría.

—¿En el sofá? Pero... ¿olvidas que somos un matrimonio? No estaría bien que...

—... Que abusaras de la situación con ese pretexto —me interrumpió ella.

Me encogí de hombros y levanté el auricular del teléfono. Quizás un par de tragos en la intimidad de la habitación la hicieran cambiar de parecer.

—¿Qué tal si encargamos un par de *whiskys*?

—No, gracias —dijo ella—. Me duele la cabeza. Si quieres, baja a tomarlos al bar.

Volví a encogerme de hombros y salí de la habitación.

«A las mujeres no hay quien las entienda —pensé—. Hoy se te insinúan abiertamente y mañana te cierran las puertas en las narices».

Bajé al bar y me tomé un par de *whiskys*. Cuando regresé a la habitación ella estaba durmiendo con la sábana hasta el cuello.

Cogí un libro y me recosté en el sofá a esperar la llamada de Striegler.

* * *

Striegler tenía una hermosa casa en las afueras de Munich.

Llegamos diez minutos después de las nueve, hora en que habíamos sido citados, y Striegler nos esperaba en el jardín.

Era un hombre de elevada estatura —debía medir cerca de dos metros—, el pelo completamente blanco y los ojos muy claros, casi transparentes que dejaban escapar una mirada fría y dura. Debía tener algo más de cincuenta años.

Besó la mano de Lorna y estrechó la mía.

—Entremos al salón —dijo—. Tengo la cena a punto.

Durante la cena hablamos de temas triviales y después de tomar el café pasamos a su despacho en la planta superior de la casa.

Striegler cerró la puerta y nos hizo tomar asiento. Luego dijo:

—Supongo que están al tanto del cometido de su misión.

—Keaton nos ha explicado algo —dije—. Pero aún no sabemos cómo entraremos en Checoslovaquia y con quién tenemos que contactar.

Striegler aprobó.

—Muy bien. Eso es asunto mío y ya está todo resuelto.

Abrió un cajón del escritorio y sacó varios documentos. Me extendió dos pasaportes.

—Éstos son sus documentos alemanes. A partir de ahora usarán éstos y quemarán los americanos.

Inspeccioné los pasaportes. Estaban a nombre de Ann y Bern Fisher, de profesión comerciante.

También había un par de billetes de tren para el recorrido Munich-Praga. Eran para el día siguiente a las diez de la noche.

—Supuestamente se trata de un viaje de negocios y segunda luna de miel.

—Comprendo. ¿Ya está arreglado lo de la visa?

—Sí. Tienen un visado de treinta días. Espero que sea suficiente.

—Lo será. ¿Con quién debemos contactar en Praga?

Striegler me entregó un papel con un nombre escrito: Al Switzer, y un número de teléfono.

—Memorízelo y destruya el papel antes de entrar en Checoslovaquia.

Asentí.

—Creo que eso es todo. De todas formas venga a verme mañana al mediodía. Le daré algún otro documento que acredite su calidad de comerciante, por si hiciera falta.

Nos despedimos de él y regresamos al hotel en un taxi.

Durante el trayecto mis ojos se recrearon en los muslos de Lorna que se descubrían a cada movimiento de sus piernas y en sus hermosos pechos que como globos de carne sobresalían por encima del escote.

Me preguntaba si aquella noche tendría más suerte.

Apenas entramos en la habitación perdí todas las esperanzas.

Lorna entró al lavabo y salió con una monacal bata de noche que no dejaba ver ni el menor resquicio de su cuerpo.

—¿Prefieres la cama o el sofá?

—Si he de dormir sólo me da lo mismo.

—Hasta de dormir solo.

—Pues entonces elige tú.

—Me quedo con la cama.

Me encogí de hombros y con un gesto de desesperanza me dejé caer en el sofá. La esperada luna de miel se estaba convirtiendo en un verdadero martirio.

Maldije a Keaton por haberme engañado tan sutilmente y me maldije a mí mismo por haber caído en la trampa como un estúpido.

Y pensar que podría estar en Acapulco, lejos del peligro, de las balas que aún no habían llegado, pero que sabía que iban a llegar, lejos de Lorna que comenzaba a ser para mí un verdadero martirio y cerca de Úrsula, que era un verdadero torbellino de fuego.

Tarde me di cuenta que extrañaba a Úrsula.

CAPÍTULO III

Cuando me desperté a media mañana, Lorna ya no estaba en la habitación. Sobre la mesita de noche había dejado una nota con cuidada caligrafía:

«Salí de compras. Regresaré a la hora de comer.
Espero que hayas dormido bien. Besos,
»Lorna».

Arrugué el papel con rabia y lo arrojé a la papelera. La muy zorra no sólo se hacía desear sino que también se burlaba de mí.

Me metí debajo de la ducha y bajé al bar a desayunar.

Estaba tomando el segundo café cuando un botones se acercó a mi mesa.

—¿El señor Smith?

Me costó unos segundos darme cuenta de que se estaba dirigiendo a mí. Tenía tantos nombres que a veces me olvidaba del que estaba usando en ese momento.

—Sí, soy yo. ¿Qué sucede?

—Le llaman al teléfono, señor.

Di una propina al muchacho y lo seguí hasta la cabina telefónica. Me preguntaba quién podía llamarme a este lugar. Sólo dos personas conocían mi paradero: Striegler y Lorna.

—Habla Striegler —dijo una voz al otro lado del hilo con marcado acento alemán.

—¿Qué sucede? —pregunté—. Pensaba pasar por su casa dentro de un par de horas.

—Venga en seguida —dijo el hombre con voz apremiante—.

Tengo urgencia en hablar con usted.

—¿Sucedo algo malo?

—Se lo explicaré todo cuando venga. Pero, por favor, dese prisa.

Es muy importante.

El tono de voz de Striegler no me gustaba nada. Parecía nervioso y atemorizado.

—Voy ahora mismo. Estaré ahí en quince o veinte minutos.

—Venga solo.

—De todas formas pensaba hacerlo. La chica no está conmigo.

—¿Dónde ha ido? —preguntó Striegler alarmado y noté cierto temblor en su voz.

—Ha salido de compras. Las mujeres siempre encuentran la oportunidad de visitar las tiendas.

—No debió dejarla ir —dijo con preocupación.

—¿Qué le pasa, Striegler? ¿Por qué iba yo a impedirle que...?

Del otro lado de la línea escuché un ruido extraño, como si el teléfono se cayese al suelo.

Luego oí, muy débil, la voz de Striegler:

—Ya están aquí.

—¿De qué habla, Striegler? ¿A qué se refiere?

Striegler no pudo responderme.

Nunca lo haría.

De) otro lado de la línea escuché dos detonaciones.

Conocía bien aquel ruido para darme cuenta de lo que era aún a través de la línea telefónica.

Y precisamente no eran petardos.

—Striegler, ¿está usted bien?

Como única respuesta escuché un gemido y un horrible sonido gutural.

Luego alguien cortó la comunicación.

Subí corriendo a mi habitación y cogí la Lüger. Me la enfundé en la sobaquera y salí a la calle.

Cogí el primer taxi que encontré y di la dirección de Striegler.

—Por favor, dese prisa. Es muy importante.

—Hoy todos vienen con prisas. Lo siento, pero...

Le sacudí un billete de diez marcos frente a los ojos y el taxista cambió rápidamente de parecer.

Atrapó el billete en el aire y dijo:

—Por esta vez haremos una excepción.

Apretó a fondo el acelerador y el coche partió como una flecha, haciendo filigranas entre el denso tráfico que circulaba por el centro de la ciudad.

Diez minutos después estaba frente a la casa de Striegler.

Pagué el importe del taxi y bajé rápidamente.

Esperé a que el taxi se fuera y avancé hacia la puerta principal a través del jardín anterior.

El silencio era absoluto y parecía reinar la más completa tranquilidad.

Probé de abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave.

Sigilosamente me encaminé hacia la parte posterior de la casa hasta que encontré una ventana abierta. Tomé impulso y salté hasta cogerme de la balaustrada.

Luego balanceé las piernas, tomando impulso y salté hacia el interior del balcón.

La habitación era un pequeño estudio iluminado por los rayos del sol y estaba completamente desierta.

Saqué la pistola y me deslicé por el pasillo hasta llegar frente al despacho de Striegler.

Abrí la puerta y asomé la cabeza hacia el interior de la habitación.

Las persianas estaban cerradas y la oscuridad era casi total.

Escuché con atención durante algunos segundos sin que llegase hasta mí el menor ruido.

Allí no había nadie. O al menos nadie con vida.

Tanteé en la pared hasta encontrar el interruptor de la luz y la encendí, iluminando la habitación.

Echado boca arriba sobre la alfombra del despacho, Karl Striegler parecía mirarme, pero sus ojos vidriosos ya no podían ver. De dos enormes agujeros negruzcos que tenía en el medio del pecho aún manaba un hilo de sangre.

Comprobé que estaba muerto y paseé los ojos por el resto de la estancia.

En la habitación había un completo desorden. Papeles por el suelo, cajones abiertos, un vaso volcado sobre el escritorio, etcétera.

Alguien había estado registrándolo todo y sin duda tenía mucha prisa.

Bajé a la planta inferior y comprobé que allí todo estaba en orden. El asesino, o los asesinos, se habían limitado a buscar en el despacho.

Seguramente buscaban alguna cosa en concreto y muy probablemente la hubiesen encontrado.

Volví a subir las escaleras y me dirigí al pequeño estudio por el que había entrado.

Salí al balcón y me descolgué hacia el jardín.

Ya nada me quedaba por hacer en aquella casa y tenía que salir de allí antes de que alguien descubriese el cadáver y llamase a la policía.

En la situación en que me encontraba no podía correr el riesgo de verme envuelto en una investigación policial. De descubrirse mi calidad de agente secreto las posibilidades de éxito en la misión se verían seriamente comprometidas.

Mientras me dirigía a la carretera en busca de un taxi me preguntaba quién habría matado a Striegler y por qué lo habrían hecho.

Seguramente Striegler había sido asesinado por algo relacionado con el asunto Ernest Kingsley y por alguien que sabía de nuestra presencia en Munich.

Si era así, los agentes del contraespionaje estaban al tanto de nuestra misión y el siguiente paso sería eliminarnos a Lorna y a mí.

Pero ¿cómo se habían enterado?

Sin duda alguien había informado a Praga o a Moscú. Pero ese alguien debía ser muy importante como para acceder a esta información.

Mientras pensaba en estas cosas divisé un taxi a lo lejos y le hice señas para que se detuviera.

—Al hotel Bismarck, por favor.

Después de que me acomodara en el asiento posterior, el coche arrancó dirigiéndose hacia el centro de la ciudad.

Munich comenzaba a ser para mí una ciudad hostil y sentía la necesidad de marcharme cuanto antes. Al menos esperaba poder hacerlo antes de que la policía descubriese el cadáver de Striegler.

* * *

Lorna entró a la habitación vistiendo un hermoso conjunto *beige*,

ajustado al cuerpo. Estaba realmente apetitosa y en cualquier otra circunstancia hubiese intentado comérmela. Pero no estaba de ánimos para eso, ni para nada.

—Hola, Murphy —dijo con una amplia sonrisa mientras dejaba las bolsas rebosantes de ropa sobre la cama—. ¿Ya has visto al señor Striegler?

—Sí, lo he visto pero él no pudo verme a mí.

Me miró sin comprender.

—¿Por qué no pudo verte?

—Porque estaba muerto.

Tardó un par de segundos en reaccionar. Luego abrió los ojos muy grandes y con voz temblorosa preguntó:

—¿Muer..., muerto? ¿Hablas en serio, Murphy?

Asentí con un movimiento de cabeza.

—¿Qué ha sucedido? ¿Cómo pudo...?

—No lo sé. Me llamó por teléfono urgiéndome a que fuese a su casa. Mientras hablaba escuché dos disparos y cuando llegué ya estaba fiambre.

—¿Quieres decir que alguien...?

—Sí, alguien le ayudó a morir disparándole dos balazos en el pecho.

Lorna se dejó caer sobre la cama con expresión aterrorizada.

—Creo que me siento mal —dijo.

—Tendrás que acostumbrarte. En esta profesión se ven muchos muertos hasta que le matan a uno.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Seguir adelante. No nos queda otro remedio.

—Pero ellos ya deben saber que estamos aquí.

—Me temo que sí y por eso mismo tomaremos ciertas medidas. En primer lugar, cambiaremos los billetes y nos marcharemos en otro tren.

—Si hacemos eso perderemos contacto con Al Switzer. Es nuestro único contacto en Praga.

Negué con un movimiento de cabeza.

—No te preocupes. Tengo también el número de teléfono. Una vez que estemos allí le llamaré y le explicaré por qué hemos cambiado de planes.

Lorna asintió.

—Es una buena idea —dijo—. Pero debo confesarte que tengo mucho miedo.

Me senté junto a ella y la rodeé con los brazos.

Por primera vez no se resistió.

—Mientras esté a tu lado nada debes temer.

Se recostó contra mi cuerpo y permaneció en aquella posición durante unos minutos hasta que un camarero subió a avisarnos que la comida estaba lista.

Maldije al camarero y momentos después bajamos al comedor.

CAPÍTULO IV

El tren se detuvo lentamente frente a una pequeña estación en el paso fronterizo.

Salté de la litera y recorrí la ventanilla. Estaba amaneciendo y los primeros rayos del sol iluminaban la pequeña caseta de la estación. Frente a ella, cuatro guardias armados dialogaban con el inspector del tren.

Los cuatro guardias subieron en distintos vagones mientras el inspector y el maquinista entraban en la caseta.

Salí al pasillo y golpeé en el compartimiento de Lorna. Al cabo de un instante la puerta se abrió y apareció su rostro somnoliento.

—¿Qué sucede?

—Estamos en Znojmo, la estación fronteriza.

—¿Y...?

—Han subido cuatro guardias para el control de pasaportes. Mantente tranquila y todo irá bien.

Regresé a mi litera y al cabo de un instante escuché el taconear de las botas en el pasillo.

Palpé la Luger en la sobaquera y me recosté en la cama.

Esperaba no tener que usar el arma y de hecho no pensaba hacerlo salvo en caso de extrema necesidad. Pero el frío contacto de la pistola me infundía mayor tranquilidad.

Al cabo de un instante llamaron a la puerta.

Abrí.

—Pasaporte, señor —dijo un guardia desde el umbral.

Saqué mi pasaporte y el de Lorna y se los extendí.

—Aquí los tiene —dije en perfecto checoslovaco—. El otro es el de mi esposa que está en el departamento contiguo.

El guardia estudió atentamente los dos pasaportes.

—¿Viene por mucho tiempo?

—Un mes. El tiempo que me concedieron la visa.

—¿Negocios?

—Sí. Además aprovecho para hacer un poco de turismo con mi mujer. Hacía años que no la sacaba y...

—Ya, ya. ¿Dónde van a residir?

—En Praga.

El guardia me extendió los pasaportes una vez sellados y cerró la puerta del compartimento.

Respiré hondo y me dejé caer nuevamente sobre la cama. Había resultado más sencillo de lo que yo me había imaginado.

Quince minutos después el tren reanudó la marcha en dirección a Praga. El primer escollo había sido salvado. Estábamos dentro de Checoslovaquia.

Ahora había que realizar lo más difícil: encontrar a Kingsley o averiguar qué había sucedido con él.

* * *

El tren entró en agujas y se detuvo frente a uno de los andenes de la estación central de Praga.

Yo me asomé por la ventanilla y llamé a uno de los maleteros que ofrecían sus servicios en el andén. El hombre subió ágilmente y cargó nuestras dos maletas.

Atravesamos el andén a paso rápido y nos dirigimos hacia uno de los taxis que esperaban frente a la estación.

—Llévenos al mejor hotel —ordené.

El hombre asintió y nos condujo hasta el hotel Lenin, un antiguo y lujoso edificio de estilo neoclásico.

Después de registrarnos en la recepción como el matrimonio Fisher, nos dirigimos a la habitación guiados por un botones.

Apenas habíamos entrado cuando comenzó a llamar el teléfono.

Lorna y yo nos miramos extrañados.

Despaché al botones y levanté el auricular.

—¿Bern Fisher? —preguntó una voz en alemán, pero con notorio acento americano.

—Sí, ¿quién es usted?

—Soy Al Switzer. Le esperaba ayer.

—Tuvimos un pequeño inconveniente y debimos postergar el

viaje. Pensaba llamarlo ahora mismo.

—¿Cuándo podría venir a verme?

—Ahora mismo, si quiere.

—No. Mejor esta noche. Le espero a las nueve en el número setenta y cinco de la calle Vynoske.

—De acuerdo. Adiós, Switzer.

Colgué el teléfono y me volví hacia Lorna.

—Es extraño —dijo ella—. ¿Cómo sabía Switzer que habíamos llegado y que nos alojábamos aquí?

—Eso mismo me pregunto yo. Supongo que tendría alguno de sus hombres apostados en la estación.

Lorna asintió.

—Así debió ser. Le veremos esta noche, ¿verdad?

—Sí, pero iré yo solo. Después de lo que le sucedió a Striegler no quiero que te expongas más de lo necesario.

—¿Te olvidas que soy un agente como tú?

—Ya lo sé, cariño. Pero en este caso es más prudente que te quedes. Si a mí me sucediera algo siempre estarías tú para avisar.

Lorna refunfuñó algo por lo bajo y luego comenzó a deshacer las maletas.

Cogí una toalla y me dirigí al lavabo. Abrí los grifos y durante media hora permanecí bajo el agua tibia.

Cuando salí envuelto en la toalla, Lorna me ofreció un vaso de *whisky*. Estaba recostada lánguidamente en el sofá y su expresión era seductora.

—Pensé que te gustaría beber un trago conmigo después del baño. A mí me encanta.

La observé asombrado mientras me preguntaba qué bicho le habría picado. Mis ojos recorrieron su cuerpo que se traslucía a través de la gasa semitransparente del vestido.

Me acerqué a ella con la toalla enrollada a la cintura y cogiendo el vaso me dejé caer a su lado. Su cambio de actitud hacia mí me tenía intrigado.

Bebí un largo sorbo y pregunté:

—¿Qué te propones, ricura?

Ella hizo un mohín con los labios.

—Ya veo —dijo—. Una no puede ser amable sin que piensen mal de ella.

—No es eso, pero...

Sus labios carnosos se cerraron sobre los míos, interrumpiéndome la frase.

«A las mujeres no hay quién las entienda», me dije mientras mis manos se desplazaban sobre su mórbido cuerpo.

—En la cama será más cómodo, querido —dijo apartándose de mis brazos y dirigiéndose al lecho.

Apuré el vaso de *whisky* y la seguí como un león a punto de saltar sobre su fiera.

Me quité la toalla y me dejé caer a su lado tan desnudo como cuando mi madre me trajo al mundo.

La rodeé entre mis brazos y de pronto sentí que todo me daba vueltas.

El techo de la habitación parecía girar como un trompo ante mis ojos y poco a poco la luz se fue apagando hasta quedar sumido en una profunda tiniebla.

CAPÍTULO V

Cuando me desperté me dolía horribilmente la cabeza y tenía la boca reseca como papel de lija.

No sabía dónde estaba ni qué me había sucedido. Casi no me acordaba ni de mi propio nombre.

Poco a poco la mente se me fue aclarando. Lo último que recordaba era a Lorna tendida en la cama a punto de caramelo y yo desnudo a su lado.

Intenté incorporarme en la cama y reconocer el lugar donde me encontraba.

La habitación estaba en penumbras y apenas si podía distinguir nada.

Me puse de pie y entonces descubrí que estaba completamente desnudo.

Tanteé la pared hasta que encontré el interruptor de la luz y lo encendí.

Me encontraba en una habitación espaciosa y completamente blanca en la que había dos camas blancas, una mesita de noche blanca y dos sillas también blancas.

Tenía todo el aspecto de ser una clínica.

Abrí la puerta del armario y saqué mi ropa. Me vestí rápidamente y salí al pasillo.

Una enfermera llevando un carrito con material quirúrgico se interpuso en mi camino.

—¿Adónde va usted? —me preguntó llena de asombro—. Debe volver en seguida a su habitación.

—¿Dónde estoy?

—En el Hospital General —dijo y noté que estaba extrañada por mi pregunta.

—Verá, señorita. No recuerdo absolutamente nada. ¿Quién me trajo hasta aquí?

—Su esposa, supongo. Una mujer pelirroja y muy... muy bonita.

—Sí, —asentí—. Es ella. ¿Sabe dónde puedo encontrarla?

Negó con un movimiento de cabeza.

—Me refiero a si aún está aquí o si ya se ha marchado.

—Se ha marchado —respondió—. Estuvo aquí un par de horas hablando con el doctor. Luego debió marcharse. No se autorizan a los acompañantes después de las ocho de la noche.

Me di entonces cuenta de lo tarde que era y recordé la cita con Al Switzer.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Las once de la noche.

—Entonces debo irme en seguida.

La enfermera intentó retenerme.

—Espere un poco —dijo—. Debe hablar con el médico. Tuvo usted un largo desvanecimiento y...

La dejé con la palabra en la boca y me metí en el ascensor. Ella me siguió.

—No le dejarán salir —dijo—. Necesita el alta del médico para hacerlo.

—Tengo una cita muy importante. Si quiere volveré mañana a hablar con el médico.

El ascensor se detuvo en la planta baja y avancé por el pasillo hacia la puerta.

La recepcionista alzó los ojos hacia mí y fue a preguntarme algo, pero yo ya estaba en la calle.

Cogí un taxi y le di la dirección de Switzer. Confiaba en que pese al retraso aún podría encontrarle.

* * *

La calle Vynoske era un camino de tierra que nacía en el cinturón que rodea Praga y se internaba por un solitario descampado.

—Lo dejaré aquí —dijo el taxista al llegar a la confluencia—. El número que usted busca debe estar a unos doscientos metros.

Asentí de mala gana, pero comprendía que el hombre no se aventuraba a internarse por aquel oscuro camino con un extraño pasajero y a aquella hora de la noche.

Pagué lo que marcaba el taxímetro y me dirigí camino abajo. Había andado unos cuatrocientos metros cuando descubrí el número setenta y cinco. Pertenecía a una vieja y sombría casona que tenía todo el aspecto de estar deshabitada.

Llamé a la puerta y esperé varios minutos sin que nadie acudiese a abrirme. Intenté abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave. Busqué otro medio de entrar y no me resultó difícil ya que varias ventanas estaban sin cristales.

Recorrí las dos plantas de la casa valiéndome de una linterna y no encontré el menor rastro de Switzer ni de nadie.

Decididamente aquella casa se encontraba abandonada. Los muebles eran escasos, viejos y destartalados, las paredes estaban raídas y con grandes manchas de humedad y del techo colgaban gruesas telas de araña que atravesaban todas las habitaciones.

Pensé que Switzer me habría citado en aquel lugar para poder hablar sin ningún tipo de peligro y que seguramente se habría cansado de esperarme.

Salí a la calle.

El camino se hallaba completamente a oscuras. Sólo sobre mi cabeza, a través del revuelo de las hojas, se advertía el titilar de algunas estrellas.

Las tinieblas eran cada vez más espesas. A duras penas alcanzaba a descubrir los troncos de los árboles que se encontraban a ambos márgenes del camino.

Anduve unos pasos rápidamente y me pareció escuchar un chasquido entre las ramas.

Intuí el peligro y me detuve en seco.

Unos metros delante vi una sombra que me pareció una silueta humana, cruzando el camino.

—¿Quién va? —pregunté en checoslovaco.

Nadie me respondió.

Sin embargo, yo estaba seguro que había visto a alguien y ese alguien estaba acechándome unos metros delante.

Me llevé la mano a la sobaquera con el propósito de sacar el arma. Pero la Luger había desaparecido.

Recordé que había estado en el hospital y seguramente habría ingresado sin el arma.

Maldije por lo bajo por encontrarme desarmado y agucé la vista

hasta percibir la sombra que estaba detenida a un costado del camino.

Retrocedí unos pasos sin dar la vuelta mientras pensaba una forma de salir de allí.

Entonces escuché un débil silbido. Seguramente debía ser una señal convenida porque de inmediato percibí que algo se movía a mi derecha, entre los árboles. Poco después el movimiento se repitió a la izquierda y me di cuenta de que eran varios.

Aún no había tenido tiempo de encontrar la forma de escapar cuando vi las siluetas de cinco hombres que me rodeaban.

Si quería salir de allí tendría que utilizar mis puños y la astucia. De lo contrario estaba perdido.

Volviéndome bruscamente lancé una violenta patada que alcanzó a una de las siluetas en medio del estómago.

El hombre emitió un quejido y dobló las rodillas.

Sin perder un instante pasé como una flecha junto al cuerpo caído y me metí entre los árboles del descampado.

Escuché una maldición a mis espaldas y, poco después, la respiración agitada de mis perseguidores que me seguían de cerca.

La oscuridad continuaba siendo densa, casi impenetrable.

Sin embargo, los perseguidores continuaban siguiéndome, casi pisándome los talones y demostraban conocer el terreno mucho mejor que yo.

No había avanzado más de cien metros cuando noté una mano que se me prendía de la chaqueta.

Giré bruscamente sobre mis talones y lancé un violento puñetazo que se estrelló contra la mandíbula de mi adversario.

El hombre cayó a tierra como fulminado por un rayo.

Vi la silueta de los otros dos que corrían hacia mí entre los árboles y reemprendí la huida.

Había avanzado unos cien metros por el campo cuando divisé la maciza silueta de un edificio de piedra.

Lo rodeé buscando un lugar donde esconderme hasta que encontré un balcón a unos dos metros del suelo.

Me colgué del alféizar de un ágil salto y tomé impulso hasta introducirme en el balcón.

Agazapado escuché los pasos de mis perseguidores y sus voces apremiantes.

—Debe haber seguido por allí —dijo uno en checoslovaco.

—Tú sigue este camino. Yo cogeré el otro.

Oí las pisadas que se alejaban y después de aguardar un tiempo prudencial, volví a descolgarme al suelo.

Avancé unos metros entre una arboleda y me tumbé en un lugar resguardado con la respiración aún jadeante por la agitación.

Cuando me encontré más descansado y sin el menor rastro de mis perseguidores, me puse de pie y me dirigí a trompicones hacia la carretera.

CAPÍTULO VI

Cuando llegué al centro de Praga era cerca de la una de la madrugada. No me atrevía a regresar al hotel pues temía que mi condición de espía hubiese sido descubierta por las autoridades.

Después de meditar un buen rato, entré en una cabina telefónica y marqué el número del hotel.

—Póngame con la señora Fisher, por favor.

—Un momento. Comprobaré si está en su habitación.

Pasaron un par de minutos mientras mi nerviosismo se acrecentaba. Temía que estuviesen intentando localizar la llamada.

Estaba a punto de cortar cuando volví a escuchar la voz del recepcionista.

—Lo siento, señor. Pero la señora Fisher no responde en su habitación.

—¿Podría decirme si ha salido del hotel?

—Esta noche no la he visto. Además la llave no está en el tablero por lo que supongo que debe estar en su habitación.

—Entonces ¿por qué no responde?

—Es la una y media de la mañana, señor. Usted comprenderá...

No quise insistir y corté la comunicación.

Busqué el papel que me había dado Striegler y marqué el número de Al Switzer. Al cabo de un instante escuché una voz al otro lado de la línea.

—Diga. ¿Quién habla?

—¿Switzer? —pregunté.

—Sí. ¿Qué desea?

—Soy Fisher, Bern Fisher.

—¡Al fin puedo comunicarme con usted! Estaba esperando su llamada.

—Me fue imposible acudir a la hora fijada. Tuve algunos inconvenientes y...

—Espere un momento. No entiendo de qué me está hablando.

En ese momento me di cuenta que aquella voz no era la misma que me había llamado al hotel. Entonces volvía a preguntar:

—¿Es usted Al Switzer?

—Ya le he dicho que, sí. ¿Qué demonios le pasa?

—¿Y no me llamó usted esta tarde al hotel?

—Claro que no. Cómo iba a hacerlo si ni siquiera sabía dónde se hospedaba.

—Ahora comprendo todo —dije—. No puedo explicárselo por teléfono, pero tengo que verlo de inmediato.

Me dio la dirección y media hora después estaba en la puerta de su casa.

Switzer era un hombre pequeño, regordete y de unos cuarenta y cinco años. Tenía el pelo rubio, casi blanco y sus labios excesivamente carnosos le daban a su rostro un aspecto desagradable.

Me estrechó la mano y se hizo a un lado.

—Pase, Fisher. Aquí adentro hablaremos mejor.

Me instalé en un cómodo sillón del salón y le conté brevemente todo lo que había sucedido desde que llegamos a Praga.

Escuchó pacientemente y luego dijo:

—No me extraña nada. Ellos tienen información de primera mano. Saben que yo soy un espía y que usted es agente americano. También saben que está buscando a Kingsley e incluso deben saber hasta el nombre de sus padres.

—Sus palabras son muy reconfortantes, señor Switzer. Pero si es así me pregunto por qué no le han venido a buscar a usted y por qué me han dejado entrar a mí.

Switzer sonrió.

—Yo soy un espía terminado. Digamos que soy poco peligroso porque no tengo acceso a ninguna fuente de información. Ellos prefieren respetarme mientras no sea peligroso para evitarse problemas.

—¿Y en cuanto a mí?

—Lo que le ha sucedido hoy no es un buen augurio. Quizá le hayan dejado entrar a Checoslovaquia para capturarlo luego y

tratar de obtener alguna información. Vaya uno a saber... Además no le recomendaría que se quede aquí mucho tiempo. Mi casa está vigilada y los teléfonos intervenidos.

Me quedé helado.

—¿De modo que ellos ya saben que estoy aquí?

Switzer asintió con un movimiento de cabeza y la papada se le sacudió como una bolsa de patatas.

—Me iré en seguida. Pero antes necesito cierta información. ¿Qué sabe de Kingsley?

—Poca cosa. Era de esos agentes que de pronto se vuelven peligrosos y es preciso eliminarlos. Probablemente su cuerpo descanse en el fondo de algún barranco.

—¿Por qué?

—Estaba trabajando con los disidentes. Los que quedan aún del levantamiento.

—¿Los de la Primavera de Praga?

—Efectivamente. Quería organizar un antipartido desde el cual atacar los órganos del poder.

—Necesito nombres, direcciones, algún lugar donde empezar a buscar.

—No se lo recomiendo. Todos ellos están vigilados.

—Si tuviese que seguir sus recomendaciones me quedaría de brazos cruzados o regresaría a mi país. He sido enviado para una misión especial y debo seguir adelante.

—Está bien. Le daré esas direcciones.

Al Switzer abrió un cajón del escritorio sacó una hoja en blanco y anotó dos nombres y sus respectivas direcciones.

—Aquí tiene. Pero vaya con mucho cuidado.

Me puse de pie y le estreché la mano.

—Gracias, Switzer. Sabré cuidarme.

El hombre me acompañó hasta la puerta y volví a sumergirme en las oscuras calles de Praga.

* * *

Había pasado la noche en una pequeña pensión que conocía de mi anterior estancia en Praga. Era una pensión económica pero muy limpia y su propietaria era una simpática viejecita que debía tener más de ochenta años.

Me registré con el pasaporte de Smith, el mismo que había utilizado en Alemania.

Me desperté a primera hora de la mañana y me metí bajo la ducha.

Mientras dejaba que el agua caliente golpease mi cuerpo, intenté ordenar mis ideas y sacar algunas conclusiones de lo que había sucedido desde el momento en que salí de los Estados Unidos.

En primer lugar, estaba la muerte de Striegler. Su angustiada llamada me permitía suponer que había descubierto algo muy importante con respecto al caso. Algo que me afectaba directamente a mi o a la Agencia y por eso necesitaba comunicármelo de inmediato. Sólo que no le habían dado tiempo de hacerlo.

Luego estaba el misterioso asunto de mi supuesto desmayo. Cualquiera puede sufrir un desvanecimiento por infinidad de causas, pero el mío había durado más de diez horas. Demasiado tiempo para una lipotimia teniendo en cuenta que hasta ese momento me había sentido perfectamente bien. Lorna me había dado momentos antes un vaso de *whisky*, pero me resistía a creer que hubiese puesto en él alguna droga. No tenía ningún motivo para hacerlo. Además ella misma se había encargado de llevarme después a) hospital.

El otro asunto que me intrigaba era el de la llamada telefónica del supuesto Switzer y la misteriosa cita en aquella casa abandonada. Evidentemente, Switzer no me había llamado y quien lo había hecho no tenía otra intención que la de capturarme. Así lo demostraba el ataque que había sufrido en el camino.

Resultaba evidente que mi presencia en Praga no era ningún secreto para nadie, pero por algún motivo no les interesaba liquidarme, al menos de momento. De lo contrario ya lo habrían hecho o al menos lo habrían intentado. Oportunidades para ello no les habían faltado.

Mientras me hacía estas preguntas salí del lavabo, me sequé rápidamente y me vestí. Diez minutos después estaba en la calle. Eran las nueve y media de la mañana.

Lo primero que hice fue llamar al hotel y pedir comunicación con la habitación que ocupaba con Lorna. Al cabo de unos segundos pude escuchar su voz al otro lado de la línea.

—Murphy, querido —dijo con dulzura—. No te imaginas lo

preocupada que estaba por ti. ¿Dónde diablos te habías metido?

—Creí que lo sabías. ¿No fuiste tú quien me llevó al hospital ayer por la mañana?

—Sí, pero me llamaron para avisarme que te habías ido sin esperar el alta del médico. Pensaban que podías tener algo serio y querían hacerte unos análisis.

—¡Que se los hagan a su abuela!

—No te lo tomes a broma, Murphy, deberías...

—¡Cállate y escúchame bien! —La interrumpí—. Alguien anda detrás de mí y no con muy buenas intenciones. Supongo que deben estar al tanto de todo y en cualquier momento caerán sobre nosotros.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. Luego te lo explicaré. Ahora coge mi maletín y todo lo imprescindible y ven a reunirme conmigo en la cafetería Kula, que está en la calle Spritz. Te espero a las once en punto.

—De acuerdo, cariño. Ahora mismo voy para ahí.

—Y ten cuidado que no te sigan. Adiós.

Corté la comunicación y salí de la cabina. El cielo se había encapotado y amenazaba tormenta.

CAPÍTULO VII

Fui a una agencia de coches y alquilé un Skoda deportivo a nombre de Smith. Luego me dirigí al bar Kula y esperé la llegada de Lorna.

Habían pasado quince minutos de las once cuando la pelirroja entró luciendo un vestido escotado que dejaba ver buena parte de sus carnosos pechos. Avanzó con un movimiento ondulante de caderas que desvió hacia ella la vista de todos los parroquianos y se sentó frente a mí.

—¿Cómo te encuentras hoy, Murphy?

—Muy bien. Y tú, ¿has pasado una buena noche?

—Sí, aunque me costó dormirme. Estaba preocupada por ti.

—¿Por qué no contestabas el teléfono? —pregunté con cierta desconfianza—. Te llamé después de la medianoche.

Ella vaciló un momento. Luego sonrió y dijo:

—No estarás celoso, Murphy, ¿verdad?

—Aún no me has contestado.

—Tomé un somnífero para poder dormir. No oí el timbre del teléfono.

—No te creo, encanto. Yo pienso que no estabas en la habitación.

Ella enarcó las cejas y me miró, sorprendida.

—¿Desconfías de mí, Murphy?

—No lo sé, preciosa, pero debes admitir que últimamente están sucediendo muchas cosas raras. Primero te muestras reacia hacia mí, luego cambias bruscamente y te muestras seductora y seducible. Me invitas a un *whisky* y cuando me llevas a la cama sufro un misterioso desmayo. Luego viene lo de la llamada telefónica... Demasiadas cosas extrañas. ¿No te parece, cielo?

—No pensarás que el desmayo es culpa mía —dijo y luego

sonrió—. Salvo que la emoción del momento... ya me entiendes.

—No te hagas la graciosa, Lorna.

—Piensa lo que quieras. Yo no te hice nada. Y si crees que puse algo en la bebida, estás equivocado.

—Dejemos eso, de momento. Pero aún no me has dicho adonde saliste anoche.

—Ya te dije que estaba durmiendo en la habitación. ¿Adónde iba a salir si ni siquiera conozco la ciudad?

En ese momento a través del espejo que había en el fondo del bar, vi que entraban dos hombres cuyo aspecto no me gustaba nada. Se sentaron en una mesa, cerca de la entrada, desde la que nos miraban con insistencia.

Podía ser una coincidencia, podía ser que mirasen a Lorna, pero aquello no acababa de gustarme y tenía un mal presentimiento. Y yo siempre me he dejado guiar por los presentimientos.

Dejé dos monedas sobre la mesa y cogí el maletín con la mano derecha. Luego, simulando absoluta tranquilidad y sin alarmar a Lorna, dije:

—Vamos. Tenemos un par de visitas que hacer mañana.

Lorna se puso de pie y me siguió hasta la calle.

El coche había quedado a unos cien metros de la puerta del bar y avanzamos hacia él caminando lentamente.

Por el rabillo del ojo vi que los dos hombres habían salido del bar y se introducían en un coche negro que estaba situado unos cincuenta metros detrás del nuestro.

Abrí la portezuela del coche y dejé sentar a Lorna en el asiento del acompañante. Me acomodé luego al volante y por el retrovisor vi que el coche negro aún no se había movido.

Aguardé un par de minutos para cerciorarme de que nos estaban siguiendo. Luego abrí el maletín y saqué una pistola que apoyé sobre la guantera.

Lorna me miró extrañada.

—¿Qué haces? —preguntó.

—No te vuelvas, pero creo que nos están siguiendo.

Lorna miró por el retrovisor y divisó el coche que seguía aparcado unos metros detrás del nuestro.

—¿Qué piensas hacer?

—Intentaré despistarlos.

Puse el motor en marcha y salí lentamente. Unos segundos después, el coche negro también comenzó a moverse y cogió en la misma dirección que nosotros.

—¿Estás segura que no te siguieron desde el hotel? —pregunté.

Ella negó con la cabeza.

—Completamente. Di varias vueltas antes de dirigirme al bar para asegurarme.

—Entonces deben tener los teléfonos del hotel intervenidos.

Giré por una amplia avenida y me introduje en medio del intenso tráfico de la ciudad. Conducía prudentemente y sin demasiadas prisas para simular que no les había visto.

De pronto, al llegar a una esquina giré bruscamente y apreté a fondo el acelerador.

El coche salió como una flecha entre el chirriar de las ruedas traseras.

Había avanzado unos doscientos metros por una estrecha callejuela empedrada cuando vi que el coche negro giraba por la avenida y se dirigía en nuestra persecución.

Había conseguido sacarle una buena ventaja, pero no la suficiente como para poder despistarlos.

Girando una y otra vez entre las tortuosas calles, esquivando coches y cruzando temerariamente las esquinas ante la asombrada mirada de los transeúntes, me alejé del centro en dirección a los alrededores de la ciudad.

Mis perseguidores demostraban ser también avezados conductores y poco a poco las distancias se fueron reduciendo.

Tenían un coche más potente que el mío y si no conseguía desprenderme de ellos en seguida la cosa se iba a poner demasiado fea.

De pronto, al girar en otra calle de las afueras de Praga, vi delante de mí la barrera del ferrocarril que comenzaba a bajarse.

Estaba a unos cien metros de distancia y si no conseguía transponerla era hombre perdido.

Pisé el acelerador a fondo y grité:

—¡Cógete bien, Lorna!

El coche salió trepidante y el motor bramó con toda su potencia.

Pasamos por unos centímetros debajo de la barrera, pero no pude evitar una violenta sacudida a) contacto con las vías a esa

velocidad endemoniada.

El coche saltó en el aire y por un momento pensé que íbamos a volar.

Sin embargo, conseguí dominar el volante y trasponer sin grandes dificultades la otra barrera.

Por el espejo retrovisor vi a mis perseguidores detenidos frente a las vías y pude adivinar sus rostros sorprendidos y furiosos.

Los saludé sacando un brazo por la ventanilla y me alejé rápidamente mientras se escuchaba, ya muy cerca, el silbido de la locomotora.

* * *

Ante Brusckick era el primero de los tres nombres de la lista que me habían dado Switzer. Según mis conocimientos Brusckick había sido influyente miembro del partido hasta que la entrada de las tropas del Pacto de Varsovia pusieron fin al gobierno de Druceck. Representante de la línea más reformista, había caído en desgracia a partir de ese momento y había sido marginado de la política.

Brusckick vivía en una pequeña casita en uno de los barrios residenciales de Praga.

Aparqué el coche a unos cien metros de la casa y me dispuse a esperar. Lorna estaba sentada a mi lado y aún no se había repuesto del susto que se había llevado en el paso a nivel.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó apenas detuve el coche.

—Esperar —dije—. Quiero hablar con alguien que me puede dar alguna pista sobre Kingsley.

—¿Por qué no bajas y llamas a la puerta?

—Supongo que la casa debe estar vigilada. No quiero correr riesgos.

Había pasado algo más de una hora cuando la puerta de la casa se abrió y un hombre de unos cincuenta y cinco años salió a la calle llevando a un pequeño perrito atado por una correa.

El hombre saludó a dos individuos que estaban en un coche apostado frente a la casa y avanzó unos metros hasta un árbol que estaba en la esquina. El perrito levantó una pata trasera e hizo un corto pipí.

Siguiendo maquinalmente los deseos de su perro el hombre dobló la esquina seguramente en busca de un nuevo árbol.

Era la oportunidad que yo esperaba.

Puse el motor en marcha y me dirigí a una velocidad normal hasta la esquina. Al pasar frente al coche de los dos vigilantes vi que éstos estaban sentados en el asiento delantero con cara de aburridos.

Doblé en la esquina y vi al hombre diez metros más adelante, que regresaba siguiendo al perrito.

Frené bruscamente y abriendo la portezuela lo encañoné con la pistola.

—¡Suba! —ordené.

El hombre me miró asombrado, sin comprender.

—¡Dese prisa! —exclamé—. No voy a hacerle ningún daño.

El hombre vaciló aún un momento y finalmente entró en el coche situándose en el asiento posterior.

Arranqué bruscamente y me alejé a toda velocidad. Mientras lo hacía me imaginaba la sorpresa de los guardias cuando notasen la desaparición de su hombre.

CAPÍTULO VIII

Detuve el coche un medio de una tupida arboleda a unos veinte kilómetros de Praga y me volví hacia el hombre que permanecía en el asiento posterior cogiendo a su perrito en brazos y con cierta preocupación dibujada en el rostro.

—¿Qué es lo que se proponen? —preguntó el hombre una vez que el coche se hubo detenido.

—Es usted Brusck, ¿verdad?

—Sí.

—Tenía que hablar con usted. Eso es todo.

—Bastaba con habérmelo dicho. ¿Acostumbra usted a encañonar a las personas con las que quiere hablar?

—No se haga el tonto, Brusck —dijo—. Usted sabe mejor que yo por qué lo hice.

—Y también sé lo que puede sucederme cuando regrese. Pensarán que he intentado huir.

Negué con un movimiento de cabeza.

—No se preocupe por eso. Dirá la verdad o al menos parte de ella. Le aseguro que le creerán. Ellos saben que yo estoy aquí.

Brusck me miró extrañado. Aún no comprendía del todo. Luego miró a Lorna que permanecía silenciosa y volvió a mirarme a mí.

—¿Quiénes sois vosotros? —dijo—. De verdad que no entiendo absolutamente nada.

—No importa quiénes somos, sino a qué venimos. Estamos buscando a Ernest Kingsley.

Al escuchar aquel nombre noté que Brusck se sobresaltaba, pero inmediatamente recuperó la calma y habló con toda naturalidad.

—Nunca he oído ese nombre. ¿Cómo dijo que se llamaba?

—No mienta, Bruscick. Sabe bien a quién me refiero.

—¿Por qué habría de saberlo?

—Por qué estaba Kingsley en contacto con usted por el asunto del antipartido.

—Ya les he dicho infinidad de veces que yo nada tengo que ver con ese asunto.

—Creo que nos confunde, Bruscick —dijo—. Nunca hemos hablado con usted hasta hoy. ¿A quiénes se los ha dicho infinidad de veces?

Bruscick me miró con desconfianza.

—No lograrán engañarme. Lo han intentado de todas las formas para hacerme decir cosas que no sé.

—Esta vez se equivoca. Soy agente americano, compañero de Kingsley. Necesito saber qué ha sido de él.

Bruscick dudó un instante, me miró detenidamente y luego se volvió a Lorna.

—Mi amigo dice la verdad —dijo ella en inglés—. Puede hablar con toda libertad.

—¿Puede demostrármelo?

Abrí el maletín de doble fondo y del compartimento secreto saqué la documentación necesaria para convencerle.

—Está bien —dijo finalmente—. Conozco a Kingsley y he tenido varias reuniones con él. Pero ahora no sé dónde puede encontrarse.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—Hace más de dos meses en una de esas reuniones. Después el asunto quedó congelado porque hubo muchas detenciones. Seguramente había algún espía entre nosotros.

—¿Por qué no lo detuvieron a usted?

Bruscick se desabrochó la camisa y me enseñó unas marcas en el pecho.

—Lo hicieron —dijo—. Estas marcas son producto de los interrogatorios. Pero no consiguieron hacerme hablar.

—¿Cuándo le liberaron no tuvo nuevas noticias de Kingsley?

—No. Supuse que le habrían detenido o incluso liquidado. Pero después me di cuenta de que no había sido así.

Enarqué los ojos interesado.

—¿Ah, no? ¿Y por qué supone eso?

—Porque no han dejado de molestarme preguntándome por Kingsley. Si estuviese arrestado o muerto no lo estarían buscando. ¿No le parece?

—Tiene razón —dije—. ¿Cuándo fue la última vez que le preguntaron por él?

—Ayer mismo. Indudablemente siguen buscándole con insistencia.

—¿Sabe dónde puede encontrarse?

—No. Aunque yo en su lugar no buscaría en Praga.

—¿Dónde lo haría?

—En Jihlava. Más de una vez, en momentos de apuro, Kingsley se había dirigido hacia allí. Probablemente tenga donde refugiarse.

—¿Conoce a alguien en Jihlava a quien pueda dirigirme?

Bruscick dudó un momento.

—Confíe en mí, Bruscick. No le comprometeré.

—Antonin Masaryk, memorice ese nombre. El puede ayudarle.

—¿Conoce a Kingsley?

—No lo sé. Aunque es posible que sí. Recuerdo que una vez le di a Kingsley su nombre para que recurriera a él en caso de que fuese necesario.

—¿Dónde puedo encontrar a Masaryk?

—Es muy sencillo. Es el vicesecretario del Partido en Jihlava. Un hombre muy importante y que goza de gran influencia. Nadie sospecha de que Masaryk es adicto a nuestra causa.

Abrí los ojos, sorprendido. No me imaginaba que un hombre como el vicesecretario del partido en una ciudad de la importancia de Jihlava pudiese comulgar con el reformismo de Bruscick.

—Gracias, Bruscick. Su información puede sernos muy valiosa.

—Simpatizo con Kingsley y espero que mi colaboración sirva para salvarle.

Puse el motor en marcha y me dirigí nuevamente hacia la carretera.

—Le acercaré nuevamente hasta Praga.

—No hace falta. Déjeme aquí. Ya conseguiré que alguien me lleve y denunciaré lo del secuestro.

Detuve el coche y Bruscick se bajó con el perrito.

Lo saludé con una mano y me dirigí en dirección contraria a Praga.

A la derecha de la carretera un cartel indicador anunciaba:
Jihlava: 279 kilómetros.

* * *

Llegamos a Jihlava cuando estaba anocheciendo. Era una ciudad bastante grande y de construcciones antiguas, con un importante cinturón industrial.

Encontramos un hotel bastante bueno y nos registramos como turistas americanos con el nombre de Smith.

Era una habitación bastante amplia y soleada, pero sólo contaba con una cama de matrimonio y un par de sillas.

—Esta vez no hay sofá —dije, sonriente—. No tendremos más remedio que utilizar la misma cama.

Ella también sonrió insinuante y dijo:

—Yo que tú me lo tomaría con muchas precauciones. La única vez que te invité a la cama casi te mueres.

—Te puedo asegurar que no fue de miedo. ¿Quieres probarlo ahora?

—Es muy temprano —dijo ella, esquivando—. Además tengo hambre y me gustaría cenar alguna cosa.

—Ya tendremos tiempo de comer después. Ya sabes que con la tripa llena...

—Quédate tú, si quieres. Yo me ducharé y bajaré a cenar.

Me tumbé sobre la cama con cierta desilusión, pero sin perder las esperanzas, mientras ella se dirigía al lavabo.

A través de la mampara de cristal esmerilado que separaba la ducha de la habitación vi la forma borrosa de su cuerpo mientras se quitaba la ropa y Juego escuché el chasquido del agua al golpear contra su piel.

Sentía deseos de meterme yo también debajo de la ducha, pero me contuve. Siempre me he considerado un hombre civilizado y por lo tanto incapaz de forzar a una mujer sin su consentimiento.

Al cabo de unos minutos, Lorna salió de la ducha con la toalla anudada debajo de las axilas.

—Vuélvete, Murphy —dijo—. Voy a vestirme.

Aquello era demasiado y temí no poder contenerme. Entonces dije:

—Mejor te espero abajo. Estaré en el bar.

—Como quieras. Bajaré en cinco minutos.

Salí de la habitación sintiendo un fuego interior que parecía abrasarme.

Bajé a) bar del hotel y me instalé en una de las mesas. El local estaba casi vacío y sólo había una pareja que ocupaba una de las mesas.

Encargué al camarero un vodka con naranja y pedí un listín telefónico. Busqué en él el teléfono particular de Antonin Masaryk y me dirigí a la cabina que estaba en el fondo del bar. Marqué el número y escuché una voz femenina al otro lado de la línea.

—¿El señor Masaryk? —pregunté en checoslovaco.

—En este momento no está. ¿Quién le llama?

—Volveré a llamar —dije y corté la comunicación antes de que la mujer me hiciera nuevas preguntas.

Regresé a la mesa y me enfrasqué en mi «destornillador» mientras aguardaba a la pelirroja. Tenía el convencimiento que aquélla iba a ser una noche interesante...

CAPÍTULO IX

Había transcurrido más de una hora y comenzaba a impacientarme. Ya me había bebido el tercer «destornillador» cuando decidí que Lorna se estaba pasando de la raya y que sería mejor subir a buscarla.

Pagué la consumición y cogí el ascensor hasta la tercera planta. Abrí la puerta de la habitación y apenas había dado dos pasos en su interior cuando percibí un movimiento a mis espaldas y traté de volverme.

Sólo traté de hacerlo pues apenas había traspuesto el umbral cuando algo se abatió sobre mi cabeza, la tierra cedió bajo mis pies y todo comenzó a bailar en torno mío.

Intenté asirme a alguna parte y sólo logré agarrar el aire.

Las rodillas se me doblaron y caí de bruces.

Sentí el choque de mi propio cuerpo contra el suelo y todo se oscureció a mi alrededor.

Esforzándome por no perder del todo el conocimiento, noté que alguien me registraba las ropas y me arrastraba hasta el centro de la habitación.

Creí percibir por alguna parte el perfume de Lorna, pero en aquel estado tampoco podía estar muy seguro de ello.

Abrí la boca intentando gritar, pero no lo conseguí y me hundí definitivamente en el negro abismo de la inconsciencia.

* * *

Poco a poco las tinieblas se habían ido despejando y los objetos comenzaron a cobrar forma ante mis ojos. Me dolía horribilmente la cabeza y había perdido por completo la noción del tiempo.

Me arrastré dificultosamente hasta el lavabo y metí la cabeza debajo del grifo de agua fría. Tenía el cabello pegajoso por la sangre y un tajo de unos cinco centímetros en el cuero cabelludo provocado seguramente por un objeto contundente.

Salí del lavabo con la cabeza envuelta en una toalla y me senté en la cama. Durante unos momentos intenté recordar con exactitud en lo que había visto antes de que me golpearan.

La habitación, por lo menos el ángulo que había logrado ver, estaba desierta. Alguien me aguardaba detrás de la puerta y me había golpeado con todas sus fuerzas.

Ahora la habitación estaba toda revuelta por lo que suponía que mis agresores lo habían registrado todo y seguramente secuestrado a Lorna cuyo perfume me había parecido percibir.

Cuando me sentí un poco mejor, me quité la toalla de la cabeza y me arreglé frente al espejo. Tenía el rostro un tanto demacrado y una hinchazón en el centro de la cabeza, pero con todo me encontraba bastante presentable.

Salí a la calle pensando que tenía que encontrar rápidamente a mis agresores para rescatar a Lorna antes de que fuese demasiado tarde. Si lo hacía habría dado incluso un gran paso adelante en el caso Kingsley, pero no sabía por dónde empezar a buscar.

Lo primero que hice fue dirigirme a una cabina y llamar nuevamente a casa de Masaryk. Esta vez tuve mejor suerte y él mismo se puso al teléfono.

—¿Quién habla? —preguntó.

—Un amigo —dije—. Tengo necesidad de hablar de inmediato con usted.

—¿Por qué asunto?

—Es un poco complicado de explicar por teléfono. ¿Dónde podría verle?

Durante unos segundos se hizo un silencio al otro lado de la línea y pensé que Masaryk se habría dado cuenta de que yo temía hablar de ciertas cosas por teléfono. Al cabo de un momento dijo:

—¿Dónde está usted?

—En el hotel Svolna.

—Pasaré por ahí dentro de media hora.

—Le espero en el bar.

Colgué la comunicación y regresé al hotel.

No habían pasado más de veinte minutos cuando entró un hombre de unos cincuenta años vistiendo un impecable traje azul oscuro. Paseó su mirada por las mesas vacías y se encaminó directamente hacia la mesa del fondo donde yo me encontraba.

—¿Masaryk? —pregunté.

—Sí. ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

Su voz era suave y en extremo amable. Sus modales eran delicados y su aspecto agradable.

—Vengo de parte de Bruscick —dije mientras le estrechaba la mano.

—¿Usted también? —preguntó sorprendido.

—¿Es que hubo otros?

—Hace una hora hablé con un hombre que también venía de su parte. Bruscick no se da cuenta del riesgo que corro cada vez que...

—¿Qué quería saber ese hombre? —le interrumpí.

—Buscaba a un tal Ernest Kingsley. Pensaba que yo podía saber su paradero.

Me sobresalté y Masaryk notó una expresión de ansiedad en mi rostro porque inmediatamente agregó:

—¿Qué sucede? ¿Es que algo funciona mal?

—Sí —respondí—. El hombre que habló con usted debía ser del servicio de inteligencia de su país o incluso podría ser de la KGB.

Ahora fue Masaryk el que se sobresaltó. Su rostro había adquirido una expresión de temor e incredulidad.

—No puede ser —dijo—. Demostró conocer bien a Bruscick y además era americano. Dijo ser un agente de su país.

Negué con un movimiento de cabeza.

—No sé si sería o no americano, pero le aseguro que no era ningún agente. El que habló con usted fue el mismo que me golpeó esta noche y secuestró a mi compañera. Ella le habrá dicho lo de Bruscick y él se me adelantó.

Masaryk empalideció y sus labios temblaron levemente al decir:

—Si es así, estoy perdido. He descubierto tontamente mi colaboración con la fracción reformista.

No tuve más remedio que admitir que estaba en lo cierto.

—Sí, pero ahora el error ya está cometido. Lo mejor que puede hacer mientras le quede tiempo es desaparecer de su casa e intentar ganar la frontera austríaca.

—Supongo que incluso para eso es tarde. Todo está perdido. Incluso Kingsley...

—¿Qué les dijo?

—Todo.

—¿Les indicó dónde encontrarle?

—Sí. A estas horas ya deben estar en camino.

Maldije entre dientes y me culpé a mí mismo por no haber hablado aun con Masaryk. Sin embargo, aún no lo daba todo por perdido.

—Intentaré alcanzarles. ¿Dónde se encuentra?

—En las montañas de Kremnica, en una cabaña que yo mismo le he facilitado.

—¿A cuánta distancia está eso de aquí?

—Algo más de doscientos kilómetros.

—Gracias, Masaryk. No puedo perder un minuto.

Me puse de pie y salí a la calle donde estaba el coche de alquiler. Masaryk me acompañó.

—Iré con usted —dijo.

—No hace falta, Masaryk. Usted no parece un hombre acostumbrado a la violencia.

—Se equivoca. Estuve en el frente durante la Segunda Guerra y, además, ahora no tengo nada que perder.

—Yo que usted intentaría escapar. Seguramente aún no han dado parte pues están muy ocupados con Kingsley.

Masaryk negó con la cabeza.

—De todas formas le acompañaré. Si yo le guío entre las montañas aún hay probabilidades de que lleguemos antes que ellos.

—Está bien —dije mientras abría la portezuela del coche—. Suba y haga de copiloto.

Masaryk se acomodó en el asiento de acompañante y yo salté al volante. Puse el motor en marcha y el coche arrancó bruscamente en dirección a las montañas de Kremnica.

—¿Cree usted que nos llevarán mucha ventaja?

—Sí. Cuando le vi a usted hacía ya por lo menos tres cuartos de hora que le había dejado.

Cuarenta y cinco minutos era mucha ventaja y salvo que ocurriese un milagro no las podría descontar en la carretera. Mi única esperanza era que quienes iban tras dé Kingsley no le diesen

muerte de inmediato.

CAPÍTULO X

Hacía algo más de dos horas que habíamos partido cuando por una indicación de Masaryk, giré hacia la derecha por una carretera polvorienta.

El terreno, en un principio liso, fue cambiando de aspecto a medida que avanzábamos. De pronto, a derecha e izquierda, bajo la luz de los faros que rompían apenas la lobreguez de la noche, descubrimos dos verdaderas rompientes rocosas.

Bajo la plateada luz de la luna divisé las primeras colinas que se levantaban, imponentes, ante nuestros ojos.

—Son las montañas de Kremnica —dijo Masaryk—. La cabaña está en lo alto de una de ellas.

Era un lugar semidesértico, extremadamente árido, sin un árbol ni una brizna de hierba. Sólo a lo lejos, en medio de la montaña, se divisaba el verdor de algunos bosques y una espesa vegetación.

Dando continuos bandazos por la estrecha y polvorienta carretera, me aproximé a la base de la colina y dirigí el coche por una especie de estrecha garganta que parecía conducir a lo más recóndito del seno de las montañas. Era el cauce de un río seco, lúgubre y sombrío.

Poco después, salvado un estrecho pasadizo, que se asemejaba a la entrada de la cueva de un gigante, desembocamos en una pequeña meseta. Tres de sus lados estaban cercados por vertientes rojizas. El cuarto, por una gran escarpadura cortada a pico, de diez yardas o más de altura.

En el centro de la meseta había una aldea miserable de una sola calle. Las casas de uno de los lados se recostaban en la escarpadura sirviéndose de ella como pared posterior.

—Es Druceck —dijo Masaryk—. Un poblado de agricultores.

Viven aquí unas cincuenta familias aisladas del mundo. Practican un verdadero comunismo. Un comunismo primitivo al que nosotros, lamentablemente, nunca podremos llegar.

Crucé las calles del pueblo como una exhalación y dirigí el coche hacia un camino que trepaba por la ladera de la montaña.

—Estamos llegando —dijo Masaryk—. Espero que no sea demasiado tarde.

—Yo también lo espero.

Habíamos avanzado unos tres o cuatro kilómetros más cuando frente a nosotros apareció algo que a primera vista me pareció un pequeño montículo. Pero a medida que nos acercábamos, adquirió la forma de una especie de casa baja, construida con la misma tierra amarillenta sobre la que se asentaba.

—Ésa es la casa —dijo Masaryk.

Apagué las luces del coche y lo detuve a un costado del camino. Después comprobé que mi pistola tuviese el cargador a punto y me volví hacia el checoslovaco.

—¿Lleva armas?

Masaryk entreabrió la americana y me enseñó la culata de un revólver enfundado en la sobaquera.

—Siempre lo he llevado.

—Mejor así. Vamos.

Comenzamos a acercarnos lentamente, arrastrándonos sobre la tierra para evitar que nos viesan desde la casa.

A medida que nos acercábamos comenzaron a llegar hasta nosotros el murmullo de unas voces y un ruido seco de algo que muy bien podrían ser puñetazos o patadas.

Cuando estábamos a unos cincuenta metros de uno de los laterales de la cabaña, saqué la pistola y corrí hacia una de las ventanas que se veía iluminada.

Si alguien hubiese estado vigilando desde la ventana hubiese podido jugar conmigo al tiro al blanco y dejarme el cuerpo como un colador. Pero esta vez la suerte estuvo de mi lado y alcancé la pared lateral sin dificultades.

Masaryk me imitó y también él alcanzó la cabaña y se situó al otro lado de la ventana.

Espié hacia el interior.

La cabaña era un lugar medio desnudo, sin más luz que la de un

farol a gas que colgaba del techo. Su mobiliario se limitaba a algunas cajas de embalar y una silla coja. Como única cama había un viejo colchón arrinconado contra una pared. En el centro de la habitación, Kingsley estaba atado como un pollo y tenía el rostro tumefacto y sangrante por los golpes.

—Si no te decides a hablar te aseguro que no saldrás de aquí con vida —dijo uno de sus captores.

Kingsley abrió la boca, pero sólo consiguió emitir un patético sonido gutural.

El hombre alzó la mano y la descargó violentamente contra su rostro ensangrentado.

—No vale la pena que continúes, Ivés —dijo el otro—. Vuelve a estar inconsciente.

Decidí que había llegado el momento de actuar y poniéndome de pie apunté a través del hueco de la ventana.

—Se terminó el juego, muchachos —dije apuntando con la pistola a la barriga de uno de ellos.

Los dos hombres se volvieron sorprendidos y uno de ellos se llevó la mano a la cintura por la que asomaba la culata de un revólver.

No le di tiempo a cogerla.

Apreté el gatillo y el disparo se incrustó en la cabeza del individuo, que se desplomó sin emitir un solo gemido.

Cuando llegó al suelo ya estaba muerto.

—No dispare. Por favor, no dispare —rogó el otro.

Salté hacia el interior de la estancia y desarmé al aterrorizado individuo.

—¿Dónde está la chica? —pregunté.

—No sé de qué me habla, señor. No conozco a ninguna chica.

—¿Ah no?

—Le prometo que no, señor.

—Entonces ¿cómo habéis llegado aquí?

—El americano nos dijo cómo hacer. Nos dio un plano y nos pagó por adelantado.

Me volví a Masaryk.

—De nuevo ese maldito americano. ¿Quién puede ser?

Masaryk observó atentamente al checoslovaco y luego hizo lo mismo con el cadáver. Finalmente dijo:

—No lo sé, pero lo que es seguro es que no era ninguno de estos dos sujetos.

Medité durante un momento. Era posible que el americano hubiese sido quien me golpeó en mi habitación y luego secuestró a Lorna. Ésta le dijo cuanto sabía y el americano aprovechó la ocasión para hablar con Masaryk y luego contrató a estos dos individuos para que realizaran el trabajo.

Ahora todas mis esperanzas de aclarar el asunto estaban en Kingsley. El probablemente supiese algo aunque su estado era deplorable y no se encontraba en condiciones de hablar.

Ahora no había más remedio que aguardar a que Kingsley se recuperara, pero eso podía llevar muchas horas e incluso días.

Y yo no estaba en condiciones de esperar. No sólo por lo que concernía a la vida de Lorna sino por el peligro que estábamos corriendo a cada minuto que pasaba.

Me volví nuevamente hacia el checoslovaco.

—¿Qué les dijo el americano? ¿En qué habéis quedado con él?

—Quedamos citados para mañana en Jihlava para comunicarle el resultado del trabajo.

—¡Magnífico! —exclamé.

Aquella era la oportunidad que necesitaba para descubrir al traidor y rescatar a Lorna.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó Masaryk—. Es muy arriesgado que regrese a Jihlava. Su presencia ya debe haber trascendido y deben estar buscándole.

—No tengo más remedio que arriesgarme. La vida de Lorna y otras personas están en peligro.

Masaryk asintió.

—De acuerdo. Es su trabajo y no tiene más remedio que hacerlo. Pero actúe con mucha cautela.

—No tema, Masaryk. Le aseguro que regresaré. Lo mejor será que usted se quede aquí y cuide de Kingsley. Una vez que se recupere él puede sernos de mucha utilidad.

Masaryk asintió y trasladó el cuerpo inconsciente de Kingsley hasta el sucio colchón.

—Supongo que en unas horas estará en condiciones de hablar.

—Es probable, pero no puedo aguardar ni siquiera unos minutos.

Me volví hacia el pistolero checo y lo empujé fuera de la cabaña.

—Tú y yo tenemos mucho trabajo en Jihlava —dije mientras lo obligaba a descender hasta el coche—. Y pobre de ti que se te ocurra querer engañarme.

—No le engañaré —dijo el hombre, asustado—. Se lo aseguro.

Me metí yo también dentro del coche y partimos raudamente en dirección a Jihlava. Faltaba muy poco para el amanecer y teníamos el tiempo justo para llegar al lugar de la cita.

CAPÍTULO XI

La cita era en una fábrica abandonada en las afueras de Jihlava.

Llegamos al lugar con veinte minutos de antelación y busqué un lugar donde esconderme aunque lo suficientemente cerca como para poder escuchar la conversación.

Antes de apostarme en el lugar escogido, advertí al checoslovaco:

—Te estaré apuntando todo el tiempo, de modo que procura ser convincente.

—Sí, señor. Le aseguro que lo seré.

—Dirás al americano que Kingsley ha sido eliminado y luego te marcharás.

El checo asintió y yo me escondí detrás de un antiguo horno de fundición, situado en uno de los lados de la enorme nave industrial.

Había transcurrido poco más de media hora cuando escuché el ruido de un coche que se detenía en la puerta de la fábrica.

Momentos después la puerta se abrió y un hombre avanzó hasta el centro de la nave donde le aguardaba el pistolero.

Era un hombre alto, robusto, con el pelo negro y gruesos bigotes que caían más abajo de la comisura de los labios. Llevaba un sombrero de ala echado sobre la frente y lentes oscuros que cubrían sus ojos.

En su rostro había algo que me resultaba familiar aunque no sabría decir qué era.

—¿Cómo ha ido todo? —preguntó en checo, pero con notorio acento americano.

—Ya no debe preocuparse, señor —dijo el pistolero—. Nos hemos encargado de él.

—¿Habéis conseguido sacarle algo?

—No. Se negaba a hablar y entonces hicimos lo que usted nos indicó. Enterramos el cadáver en medio de una arboleda.

El hombre sacó de uno de los bolsillos de su abrigo un fajo de billetes y se los entregó a su interlocutor.

—Ésta es la otra parte del dinero. Espero que sea verdad lo que me dices. De lo contrario sabré dónde encontrarte.

—No le miento, señor. Bien sabe usted que somos profesionales.

El hombre asintió y volviéndose hacia la puerta salió con paso rápido.

Esperé hasta escuchar el ruido del motor al ponerse en marcha y salí del escondite con la pistola en la mano.

El pistolero se dirigió hacia mí y me preguntó en voz baja:

—He dicho lo que usted me ordenó. ¿Puedo irme ahora?

Sin decir una palabra cogí la pistola por el caño y lo golpeé con la culata en la cabeza. El checo emitió un gemido y cayó a mis pies, inconsciente. Le había golpeado lo suficientemente fuerte como para hacerle dormir un par de horas.

Luego me dirigí hacia la puerta y vi el coche que se alejaba por el camino de tierra.

Cogí el Skoda que lo tenía escondido en los fondos de la fábrica y comencé a seguirlo a una distancia prudencial. No quería alarmarlo y esperaba que me condujera al lugar donde tenía secuestrada a Lorna.

Después de transitar por distintas calles del barrio industrial, se dirigió hacia la parte este de la ciudad y aparcó frente a un pequeño *bungalow* rodeado de pinos.

Dejé el coche a cien metros del lugar y aguardé a que entrara en la casa. Luego descendí rápidamente y corrí hacia la puerta. Desenfundé la pistola y pulsé el timbre.

Un instante después la puerta se abrió y el americano me miró sonriente.

—Hola, Murphy. Suponía que vendrías —dijo sin dejar de sonreír y haciendo caso omiso a mi pistola que le encañonaba.

Aquella voz me resultaba familiar, pero sin detenerme a pensarlo lo empujé hacia el interior de la vivienda y entré tras él. Cerré la puerta tras de mí y dije:

—¿Dónde está la chica?

—No te agites, Murphy.

Otra vez la voz me resultaba muy conocida aunque no encajaba con el personaje.

—Veo que me conoce aunque yo no le conozco a usted. Pero sí sé que es usted un asesino y además un traidor.

El hombre rió con cinismo.

Estaba por perder la paciencia de modo que le apunté a la cabeza y dije:

—Le doy tres segundos para que me diga dónde tiene a la muchacha.

El hombre permaneció sonriente, pero no dijo una palabra.

—Uno..., dos...

Quitó el seguro del arma y en ese momento oí una voz a mis espaldas. Era una voz femenina, dulce, agradable. Una voz que yo conocía muy bien.

—¿Me buscabas a mí, Murphy?

Me volví bruscamente.

Lorna estaba en el umbral de la habitación y tenía una pequeña pistola en la mano con la que me apuntaba a la cabeza. Lucía un vestido *beige* y estaba más seductora que nunca.

Abrí la boca para decir algo, pero no logré pronunciar una sola palabra.

—Suelta la pistola, Murphy, si no quieres que te vuele la tapa de los sesos —dijo con el mismo tono dulce, como si estuviese recitando un poema.

—Tú no podrías...

—Claro que podría, Murphy. ¿Quién crees que disparó contra Striegler?

La miré sorprendido.

—¿Así que fuiste tú? Tú eras la traidora. Debí haberlo supuesto. ¿Por qué lo has hecho, Lorna? ¿Por dinero?

Ella negó con un movimiento de cabeza. Luego dijo:

—No, por amor.

—¿Por amor a quién?

—A mí —dijo el americano.

Me volví hacia él y vi como se quitaba las gafas negras, el bigote postizo, el peluquín y unos trozos de plásticos pegados a los pómulos.

—¿No me reconoces, Murphy?

—¡Comandante Keaton! —exclamé—. Tú..., no puede ser.

Keaton sonrió con malicia.

—Claro que sí, Murphy. Yo lo he ideado todo y Lorna lo ha ejecutado. Pensamos casarnos una vez que regresemos a América.

—Lo que no entiendo es por qué lo has hecho —dije—. Si querías matar a Kingsley, ¿por qué me enviaste a rescatarlo?

Keaton sonrió.

—Muy sencillo, Murphy. Kingsley había descubierto mi doble juego y se había convertido en una persona peligrosa, en una bomba de tiempo. Pero el muy astuto había logrado esconderse muy bien para reaparecer en el momento preciso. Si lo hacía hubiese sido mi fin. Por eso te envié a buscarlo pues sabía que tú llegarías a dar con él. En otras palabras que tú harías el trabajo por nosotros. Tuve la precaución de enviar a Lorna para que pudiese controlarte.

—Debo confesar que has sido muy hábil. Pero ¿por qué matar a Striegler?

—Recibió un mensaje de Kingsley pero tuvo la mala suerte de comunicárselo a Lorna antes que a ti.

—Todo les ha salido perfecto salvo un detalle —dije intentando ganar tiempo pues sabía que el siguiente paso era acabar conmigo.

Keaton se sobresaltó.

—¿Qué detalle?

—Kingsley. El sigue vivo y tarde o temprano llegará a Norteamérica.

—Estás equivocado, Murphy. Acaban de comunicarme...

—Ese hombre te ha engañado. Yo estaba también en la fábrica y escuché la conversación. El dijo lo que yo le había ordenado.

Keaton golpeó con el puño cerrado contra la mesa y su rostro se contrajo de ira.

—¡Mientes!

—Es la verdad. Estaban a punto de matar a Kingsley cuando llegué para impedirlo.

—Si lo hubieses hecho Kingsley te hubiese advertido de todo.

—Estaba inconsciente, pero supongo que a esta hora...

—¡Basta! Ahora mismo comprobaremos si dices la verdad.

Keaton me empujó fuera del *bungalow* y me siguió junto con Lorna hasta el coche.

—¡Sube! —ordenó.

Obedecí y me situé en el asiento del acompañante. Keaton se sentó al volante y Lorna en el asiento de atrás sin dejar de apuntarme con la pistola.

El coche arrancó bruscamente en dirección a las montañas y pensé que me quedaban dos o tres horas para intentar alguna cosa.

CAPÍTULO XII

Nos acercábamos velozmente a las montañas de Kremnica y yo continuaba inmovilizado por la pistola de Lorna cuyo frío contacto sentía contra la nuca.

Sabía que en cuanto llegásemos a la cabaña tanto Kingsley como Masaryk y yo seríamos hombres muertos.

Yo había confiado demasiado en la suerte, esperando la menor distracción de Lorna para intentar arrebatarle el arma. Sin embargo, el tiempo iba pasando y la suerte me negaba esa oportunidad.

Eran algo más de las dos de la tarde cuando pasamos por el poblado de Druceck y comenzamos a trepar por la ladera de la montaña.

El comandante Keaton nunca había estado en la cabaña, pero guiaba el coche con total seguridad, valiéndose de un plano que le había hecho Masaryk cuando le había entrevistado haciéndose pasar por un amigo de Kingsley.

—Debemos estar muy cerca, ¿verdad? —preguntó.

—No estoy muy seguro —respondí—. Cuando vine yo era de noche y me guiaba Masaryk.

Keaton redujo las marchas para tomar una empinada pendiente y el motor del coche bramó acusando el esfuerzo.

Era un camino serpenteado con curvas a derecha e izquierda que obligaban a una gran concentración en el volante.

A un lado del camino había un gran precipicio que caía en picado hacia el valle. Del otro estaba la impresionante pared montañosa de granito.

Calculé que faltaban entre tres y cuatro kilómetros para llegar a la cabaña cuando entramos en la zona de curvas más pronunciadas.

Tenía que jugarme el todo por el todo y éste era el momento

más propicio para hacerlo.

Esperé a que el coche trepara una empinada cuesta y entrara en la siguiente curva.

Entonces me decidí.

Arrojándome hacia un lado, me agarré del volante y pugué por girarlo hacia la izquierda.

—¡Qué haces, loco! —gritó Keaton—. Nos vamos a matar todos.

El coche avanzó zigzagueante por el camino y por un momento pensé que caeríamos al precipicio que estaba a nuestra derecha contra la pared rocosa.

Antes de que se produjera el impacto escuché detrás la detonación de un disparo y la bala pasó rozándome la cabeza para estrellarse contra la luneta delantera.

Luego sentí, el violento impacto del choque y salí despedido por la portezuela del coche, que se había abierto a causa de la fuerte colisión.

Sin saber cómo ni por qué, me encontré sentado en el medio del camino terroso a unos cinco metros del coche, que estaba empujado contra la piedra soltando una columna de humo por el radiador.

Me sentía atontado y dolorido, pero haciendo un esfuerzo me puse de pie.

El silencio era absoluto y el polvo que cubría los cristales me impedía ver el interior del vehículo.

Me acerqué lentamente.

Estaba a un par de metros del coche cuando la portezuela trasera se abrió bruscamente y vi aparecer un brazo desnudo de mujer. En su mano empuñaba una pistola.

Intenté abalanzarme contra ella, pero una orden suya me hizo detener.

—¡Quieto! No des un paso más o...

Obedecí.

Lentamente, Lorna salió del coche y se mantuvo a un par de metros de distancia para evitar que pudiera sorprenderla. Tenía los cabellos desordenados y un corte feo en la frente del que manaba abundante sangre. Pese a todo no había perdido parte de su encanto y extraordinaria belleza.

—Eres un necio —dijo—. Pudimos habernos matado todos...

despeñados por el barranco.

—Qué más da. De todas formas pensabais matarme, ¿verdad?
Me miró duramente y sus ojos relampaguearon de odio.

—De todas formas te mataré.

—¿Y luego qué harás? —pregunté intentando ganar tiempo—.
¿Piensas que llegarás a alguna parte?

Sin dejar de apuntarme y controlándome a través, del rabillo del ojo, Lorna abrió la portezuela delantera y miró hacia el interior del vehículo.

El comandante Keaton estaba aprisionado entre su asiento y el volante que había saltado hacia delante por la violencia del impacto.

—Ayúdame a sacarlo —dijo—. Y ten mucho cuidado con lo que haces. Te estaré apuntando.

Me introduje dentro del vehículo y cogí al comandante por un brazo. Apenas lo moví su cabeza se sacudió hacia atrás y vi sus ojos vidriosos. Eran los ojos de un cadáver. Sin embargo, preferí no decir nada y arrastré su cuerpo fuera del coche.

Lorna se inclinó hacia él.

—¡Está muerto! —exclamó y vi que su cuerpo se convulsionaba en un espasmo de llanto.

Di un paso hacia delante con la intención de arrebatarle la pistola. Pero ella se repuso de inmediato y gritó.

—¡No te muevas!

—Matándome no ganarás nada —dije—. Te quedarás sola aquí con dos cadáveres.

—No me importa. Tú has matado a Alf. Era el único que me quiso por lo que era y no por mi cuerpo como tú y todos los demás.

La miré asombrado y sentí lástima por ella. No podía entender cómo se había podido enamorar de un hombre como Keaton, mucho mayor que ella y sin ningún encanto personal.

Intentando calmarla dije:

—Keaton no te quería, Lorna. Te equivocas. El solo pretendía utilizarte, como lo hizo, para lograr sus propósitos. Era un traidor y un espía.

—¡Mientes! Era un espía y un traidor, sí. Pero me quería. Estaba enamorado de mí.

Mientras hablaba fui avanzando lentamente, centímetro a

centímetro, intentando tenerla a mi alcance. La tenía a unos dos metros de distancia cuando a través de sus ojos empañados de lágrimas vi que su mirada se endurecía y comprendí que iba a disparar.

No le di tiempo a hacerlo.

Arrojándome contra ella me aferré de su brazo en el preciso instante que apretaba el gatillo.

Sentí el calor de la bala rozándome la mejilla y oí el estampido de un segundo disparo que se perdió en el espacio.

Ella luchaba desesperadamente por desprenderse de mi mano. La rabia y la desesperación la habían infundido una fuerza excepcional en una mujer.

Tuve que golpearla en el rostro con el revés de mi mano para arrojarla hacia atrás y hacerme con el arma.

—¡Maldito bastardo! —gritó mientras se friccionaba la mejilla, enrojecida por el golpe.

—Lo siento, pequeña —dije—. No podía permitir que me mataras a mí como hiciste con Striegler.

Quiso arrojar-se nuevamente sobre mí y tuve que apartarla de un fuerte empujón. Se había convertido en una verdadera fiera enjaulada y su mirada había adquirido un brillo asesino.

—No vuelvas a intentarlo o tendré que disparar —dije mientras ella se levantaba.

—Tú no eres capaz de matar a una mujer.

—Aún no me conoces... Y es mejor que no quieras comprobarlo.

La apunté con la pistola y ordené:

—¡Vamos, camina! Tendremos que llegar andando.

Ella me miró desafiante y finalmente se volvió y comenzó a andar delante de mí. Tendríamos que caminar tres kilómetros de empinada pendiente para llegar a la cabaña.

El tiempo se convertía en nuestro principal enemigo. En cuanto encontrasen el cadáver de Keaton subirían a buscarnos.

—¡Camina más aprisa! —ordené.

—Si quieres ir más rápido sigue tú solo —dijo ella mientras trepaba lentamente.

La cogí por un brazo y comencé a arrastrarla hacia arriba mientras con la otra mano continuaba apuntándola.

—¡Eres un cerdo! —gritó—. ¡Jamás saldréis de Checoslovaquia!

—Eso aún está por verse, encanto —dije mientras seguía arrastrándola por la pendiente.

A lo lejos comenzaba a divisarse la cabaña.

CAPÍTULO XIII

Kingsley y Masaryk nos vieron subir por la ladera y salieron a recibirnos.

—Kingsley me lo ha contado todo —dijo Masaryk y señalando a Lorna agregó—: Ella y su jefe, el comandante Keaton, trabajaban para la KGB.

—Ya lo sé. Keaton está muerto a pocos kilómetros de aquí. Tenemos que irnos antes de que descubran el cadáver.

Masaryk asintió.

—Saldremos ahora mismo.

—¿Adónde iremos? —preguntó Kingsley.

—Tenemos que salir de Checoslovaquia —dije—. Hay que intentar ganar la frontera con Austria.

Masaryk meditó un momento. Luego dijo:

—Yo tenía pensado un plan para sacar a Kingsley. Lo tendremos que adelantar e intentar ponerlo en práctica ahora.

—¿De qué se trata? —pregunté.

—Una avioneta —dijo Masaryk—. Sé dónde podremos conseguir una y también de un piloto que podrá llevarla.

—¿Cuándo?

—Pensábamos utilizarla dentro de diez o quince días. Pero tendremos que hacerlo mañana mismo.

—De acuerdo. No perdamos tiempo.

Cargamos los bultos imprescindibles y comenzamos a andar camino abajo. Masaryk iba delante, Lorna y yo en medio y Kingsley cerraba la marcha.

Pasamos frente al cadáver de Keaton y dejamos el camino para internarnos en el valle, bordeando la aldea de Druceck.

Anduvimos durante varias horas hasta llegar a las inmediaciones

de la ciudad de Trevio.

—Esperadme aquí —dijo Masaryk—. Yo regresaré en una hora.

—¿Dónde va? —pregunté.

—Intentaré conseguir un vehículo.

Kingsley, Lorna y yo nos cobijamos entre unas piedras dispuestos a esperar el regreso de Masaryk.

—¿Qué haréis conmigo? —preguntó Lorna.

—Te llevaremos a Estados Unidos. Allí serás juzgada de acuerdo a nuestras leyes.

—¿Crees que voy a dejar que me llevéis como un corderito? Mientras yo esté con vosotros no saldréis de Checoslovaquia.

—¿Prefieres que te dejemos aquí con un tiro en la cabeza?

Ella se encogió de hombros.

—Poco me importa. Además tú no te atreverías a dispararme a sangre fría.

—Ya te dije en otra oportunidad que aún no me conoces. Matándote no sentiría un gran remordimiento.

No había transcurrido más de media hora cuando el rugido de un motor llegó hasta nosotros.

Me asomé por encima de la roca y divisé una furgoneta gris que se acercaba por un camino de tierra. Saqué la pistola y aguardé expectante hasta que descubrí la silueta de Masaryk sentado al volante del vehículo.

—Subid —dijo sin bajarse de la furgoneta—. ¡De prisa!

Kingsley y Lorna se acomodaron en la parte trasera y yo junto a Masaryk en el asiento del acompañante.

—En una hora estaremos en Pltíz. Allí intentaré localizar al piloto.

—¿Dónde tiene la avioneta?

—En un campo de aviación. Tendremos que esperar a la noche para salir burlando la vigilancia.

* * *

Prokop Zwoboda era un viejo aviador retirado que había pilotado aviones de combate durante la Segunda Guerra Mundial. Era un hombre de baja estatura, más bien grueso y con los ojos saltones como dos huevos duros.

Masaryk le estrechó la mano y después de presentarnos con

nombres supuestos, nos sentamos alrededor de la mesa de una humilde habitación de la casa del piloto.

—Lo que usted me pide es demasiado arriesgado, Masaryk —dijo el piloto después de escuchar el planteamiento de éste.

—Ya lo habíamos hablado antes y usted había aceptado.

—Sí, pero era un solo hombre y dentro de unos días. Para ese entonces yo tendría una persona de confianza dentro de la guardia del campo de aviación.

—No podemos esperar.

—¡Imposible! —exclamó Prokop—. Esta noche y cuatro personas es mucho pedir.

—Le pagaremos bien —dijo Masaryk.

—Aun así no puedo aceptar. Tengo demasiado apego a la vida como para intentar tamaña locura.

—Diez mil dólares —dije yo—. Le daremos diez mil dólares al llegar a Austria.

Los ojos del piloto brillaron con codicia y me di cuenta que la cifra había causado la impresión deseada.

—Veinte mil —dijo Prokop, Veinte mil dólares y arriesgaré la vida con vosotros.

—Trato hecho —dije—. Los tendrá apenas toquemos tierra austríaca.

El piloto me miró con cierta desconfianza.

—Quiero la mitad por anticipado —dijo—. De lo contrario vosotros podríais dejarme sin nada.

Abrí la cartera y puse seis mil dólares sobre la mesa. Era todo el dinero que tenía.

—Esto es todo lo que le puedo adelantar. Son seis mil dólares. El resto se lo daremos en Austria.

Prokop se apresuró a coger los billetes y dijo:

—De acuerdo. Esta noche lo intentaremos. Os espero aquí a las dos de la madrugada. Entretanto iré preparando el avión.

Nos pusimos de pie y después de estrechar la mano del piloto regresamos a la furgoneta.

—¿Está seguro que es de fiar? —preguntó a Masaryk—. Si quiere puede denunciarnos.

Masaryk negó con un movimiento de cabeza.

—No lo hará —dijo—. Es demasiado codicioso como para

perderse los catorce mil dólares que le debemos.

—Eso espero.

Los cuatro nos instalamos en la parte posterior de la camioneta y nos dispusimos a esperar.

* * *

Cuando llegamos al campo de aviación el silencio era absoluto. Cuatro o cinco avionetas descansaban en los hangares y la pista iluminada por potentes focos estaba desierta. Un reflector situado en la parte alta de una torre giraba a ritmo regular bajo la atenta mirada de un guardia.

—Tenemos que esperar que pase el reflejo y correremos hacia el hangar —dijo Masaryk.

—De acuerdo —dijo Prokop.

Agazapados del otro lado de la alambrada esperamos a que el haz de luz pasase sobre nuestras cabezas.

Entonces nos pusimos de pie y corrimos hacia los hangares.

Lorna se resistía a avanzar, pero yo la arrastraba de un brazo y Kingsley del otro llevándola con los pies casi en el aire.

Estábamos llegando a los hangares cuando vimos dos sombras que avanzaban unos cien metros delante. Simultáneamente, todos nos echamos al suelo detrás de una avioneta.

Los dos guardias pasaron de largo y comenzaron a alejarse cuando Lorna, desprendiéndose de mis manos, se puso de pie y gritó:

—¡Auxilio! ¡Quieren secuestrarme!

Intenté cogerla de un pie, pero se libró de mí y echó a correr hacia los desconcertados guardias.

—¡Son espías extranjeros! —gritó—. ¡Cogedlos!

Saqué la pistola y disparé contra uno de los guardias, alcanzándole antes de que pudiese darse cuenta de lo que sucedía.

El otro guardia disparó a su vez, pero la bala se estrelló contra el fuselaje de la avioneta.

Kingsley y Masaryk hicieron uso de sus armas y el guardia también cayó mortalmente herido.

Levanté la vista hacia Lorna, que continuaba corriendo hacia la torre de control.

En ese momento escuché el tableteo de una ametralladora que

partía desde lo alto de la torre.

Lorna lanzó un grito desgarrador y su cuerpo se levantó en el aire bajo los impactos de la bala de metralla.

«Ella misma se lo ha buscado», pensé.

Prokop saltó al interior de la cabina de la avioneta y gritó:

—¡Subid pronto! Tenemos que salir de aquí cuanto antes.

Me acomodé en la carlinga mientras Prokop se ocupaba de los mandos.

El aparato se puso en marcha y Prokop lo condujo por la hierba hasta la pista de despegue.

—No podremos levantar —dijo Kingsley—. Nos verán apenas toquemos la pista.

—Déjeme hacer a mí —ordenó Prokop—. Aquí en el avión el que da las órdenes soy yo.

En medio del intermitente tableteo de la ametralladora, el avión entró en el cabezal de despegue y correteó por la pista ganando velocidad.

Se escuchó el impacto de varias balas contra el fuselaje del avión y finalmente éste se izó entre el rugido ensordecedor de los motores puestos a toda su potencia.

—¡Lo hemos conseguido! —exclamó Masaryk mientras el avión ganaba altura y dejaba atrás el campo de aviación.

Ya a unos trescientos pies de altura, la avioneta viró y puso proa al cielo. Un aire cálido y fuerte azotó el fuselaje.

Suspiré aliviado y miré hacia abajo. A nuestros pies, bajo la tenue luz de la luna, podía contemplar una vasta extensión del país.

Subimos hasta unos doce mil pies y comenzamos a volar sobre un espeso manto de nubes que se asemejaba a un desierto de arena.

Dos horas después, la avioneta comenzó a descender y divisamos a lo lejos un estrecho riachuelo.

—Ya estamos en Austria —dijo Prokop y todos nos fundimos en un gran abrazo.

EPÍLOGO

Una semana después un coche oficial me esperaba en el aeropuerto de Nueva York y me conducía hasta la puerta del edificio donde tenía mi apartamento de soltero.

Subí a la tercera planta, introduje la llave en la cerradura y abrí la puerta.

Apenas había traspuesto el umbral cuando percibí un agradable perfume que me era muy conocido. Dejé la maleta en el piso y entré en el dormitorio.

Úrsula estaba metida en la cama con las sábanas hasta el cuello.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunté.

—Si te molesto me voy en seguida —dijo.

—No, no. Pero cómo sabías...

—Me informaron de tu llegada y quise darte una sorpresa.

Me senté al borde de la cama y sus brazos me rodearon atrayéndome hacia ella.

—¿Qué hay de nuestras vacaciones en Acapulco? —preguntó.

—Tendrán que esperar unos días.

FIN

Fernando Castillo Visca, nació el
23-4-1950.

Dirige enciclopedias, ha adaptado obras infantiles, ha escrito novelas bajo el seudónimo: Clifford Hilton, Dick Clyders y Trevor Sanders. También ha escrito guiones cinematográficos.